

La Ilustración Artística

AÑO XXI

BARCELONA 21 DE ABRIL DE 1902

NÚM. 1.060



EN LA TABERNA, cuadro de Brouwez que se conserva en el Museo de Haarlem

ATENEDOR DE
BIBLIOTECA
MADRID

ATENEDOR DE
BIBLIOTECA



Texto. — *La vida contemporánea. De todo un poco*, por Emilia Pardo Bazán. — *Nuestros grabados.* — *Sor Agustina*, por Juan B. Enseñat. — *El género infimo. La belle Etoile*, por Alfonso Pérez Nieva. — *El Dr. Robert*, por A. — *República Argentina.* — *Buenos Aires.* — *Concurso de fotografías de la Sociedad fotográfica argentina de Aficionados*, por Justo Solsona. — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *Algunos experimentos aeronáuticos.* — *Vagones boers*, por Luciano Jacquot. — *Ferrocarril de Hanoi en China. Inauguración del gran puente metálico*, por B.

Grabados. — *En la taberna*, cuadro de Brouwez. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Sor Agustina*. — *La belle Etoile*, dibujo de Méndez Bringa. — *El doctor Robert y su entierro.* — *Buenos Aires.* — *Concurso de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados. Fotografías de D. Hernán Cullén, D. W. A. Nicholson, del Dr. D. Francisco Ayerza (con su retrato) y del Dr. D. Leonardo Pereyra Iraola.* — *Algunos experimentos aeronáuticos.* La máquina aérea de Mr. Wilbur Wright en el aire, remontándose, en tierra, en el momento de emprender el vuelo y deslizándose por el aire. — *El nuevo puente monstruo del ferrocarril de Hanoi.* — *En tiempo de veda*, dibujo de H. Torau.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO UN POCO

Mucho se habla ahora del descanso dominical, y no existe campaña más justa, ni acaso, en el fondo, más moralizadora que esta. Las gentes que no se paran a considerar su objeto, creen que se trata de acortar el trabajo. No tengo inconveniente en afirmar que la natural consecuencia del trabajo es el descanso, y que en ninguna parte se trabaja menos que donde no se guarda el domingo.

En España, al menos en los dos puntos que yo conozco mejor, el país gallego y la capital, la gente obligada por la necesidad al trabajo se pasa el año inventando fiestas entre semana, fiestas que la Iglesia no prescribe, y que á veces, en determinadas épocas, se aglomeran de tal suerte, que interrumpen la labor una serie de días, y habitúan el cuerpo á la inactividad (hábito fácil de adquirir), alterando el ritmo. Baste para ejemplo San Isidro, el clásico San Isidro de Madrid. Son ocho días de juerga tendida, de borrachera, despilfarro, broma y excitación insana. El Santo sirve de pretexto, y en realidad, ¿quién se acuerda de él, del labrador honrado, incansable, del buen *pardillo* que fecundizó con su sudor la dura y amarillenta tierra castellana?

* *

Y en mi aldea, ¿qué no discurren para darse una panzada de holgorio, no cada domingo, como sería regular y loable, sino todo junto, una semanita entera!

Ved ahí un santo poco famoso, San Mamed. En honor de San Mamed hay tres días laborables, en mi parroquia, en que no se unce el carro, ni se empuña la azada. Si les decís, á los pobres ignorantes, que pregunten al cura para convencerse de que no tienen semejante obligación con el bienaventurado San Mamed, les escandalizáis. ¡Arar ó cavar en semejante día! No lo hicieron sus padres, no lo hicieron sus abuelos; ellos no lo harán tampoco. Quitarles una costumbre, es quitarles la vida, es arrebatarles su ser; porque ellos no existen *en cuanto á sí*: son un fruto de la tradición, una especie de berruga que echa la tierra; carecen de espontaneidad.

* *

Para fomentar el descanso dominical se ha formado en Madrid una «Liga» cuyo *Prospecto* he recibido. Por desgracia este prospecto no trae firma alguna, ni la menor indicación que pueda servir de guía para saber adónde conviene dirigirse para entenderse con dicha «Liga»; lo cual es, á mi ver, una demostración más de lo poco aptos que somos para las obras sociales. He aquí una obra interesante y simpática; que lo es doblemente para mí, pues recoge una idea vertida en los artículos que remití desde Bélgica al *Imparcial*, la de procurar descanso á los carteros agregando al sello de franqueo otro sello que diga: «No repartir en domingo»; y he aquí que esta obra, al dirigirse al público, al buscar el calor de la cooperación para desarrollarse y cundir, aparece de tal manera, que no aparecería de otra si tuviese que procurar el anonimato y la sombra de lo

furtivo; y se recata tan bien, que yo no he podido todavía acertar con ella.

El mismo sello que la «Liga» emite, no me parece adecuado á su fin. El letrero «No repartir en domingo» lo lleva en forma circular, difícil de leer. Yo alabo la buena voluntad que ha inspirado la Liga y el sello; pero desearía ingenio, arte, eficacia en los procedimientos, de los cuales, más aún que del excelente deseo, suele depender el feliz resultado de toda empresa.

* *

Ya empiezan á ponerse por las nubes los alojamientos en la villa y corte. Ya cada casa, modesta ó rica, aguarda sus correspondientes forasteros. Luis Taboada tendrá larga tela con las dificultades y embarazos que crea á las familias de la clase media la llegada del huésped, á ponerlo todo patas arriba, en días en que los artículos de consumo amenazan subir.

Tanto como se clama contra la explotación de los patronos, y á nadie se le ocurre clamar contra la de los intermediarios industriales, que recargan de un modo exagerado los artículos de consumo y necesidad, procurándose ganancias que oscilan entre el 25 y el 50 por 100. Por ejemplo: el aceite. Entra en Madrid (el mejor y más exquisito) á nueve pesetas arroba, y el consumidor lo paga á quince. La carne, el arroz, los garbanzos, el cerdo, el pan, todo sufre aumentos semejantes, en daño general y beneficio de pocos. En Bélgica los obreros lo han arreglado bien: tienen sus cooperativas, donde encuentran los artículos de consumo á precios justos y tolerables.

Habiendo encargado directamente á Alicante una arroba de almendra, recuerdo que me sorprendieron dos observaciones: la excelencia de la fruta y su baratura. Costó la mitad que cuesta la almendra rancia y aceitosa y de última clase en las tiendas de ultramarinos. No es la almendra artículo indispensable; pero sí sabroso y sano postre, y base de muchos dulces y platos de la cocina española. Debiera encontrarse á precios moderados. Si tuviésemos tiempo y paciencia para enterarnos detenidamente, encontraríamos en otros infinitos artículos las mismas desproporciones de precio de coste y precio de venta. La vida se hace mísera y la raza decae, cuando la alimentación grata y variada no es accesible á las clases populares, ni aun á clases en apariencia más elevadas, quizás en el fondo más menesterosas y ahogadas, por haber de sacrificar al decoro.

* *

¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme. Todo se ha nivelado de precio: ya no existen platos baratos. El bacalao, las manos y callos, las *chuletas de huerta*, que Parmentier legó á la humanidad con más apetito que dinero, van siendo *un mito*, como dice cierta ilustrada patrona. ¿Qué comen?, insisto en ello. ¿Qué leche beben los niños, qué nutritivo manjar restaura las fuerzas de los adultos?

¿Y el vino? No hay nación donde así se produzca, tan fuerte y tan barato, como la nuestra; y cádate que de trámite en trámite, de arriero á tabernero, el vino que se expende en Madrid es detestable. El vino — del cual se dicen pestes, y que yo no pruebo, me apresuro á declararlo, no me tomen por báquica — es, usado sin exceso, una de las cosas mejores para el trabajador. El aguardiente daña: el vino conforta, sostiene y alegra. ¿Por qué, si Dios lo da abundante y puro, no disfrutan de este beneficio el obrero y el jornalero matritenses?

* *

Se proyecta una Exposición de cuadros del Greco. ¡Cómo ha subido esta firma en pocos años! Hará diez ó doce, los que profesábamos el culto de Domenico Theotocopuli éramos unos hasta un par de docenas, y nos dábamos tono y aire de iniciados en alguna misteriosa religión, y pasábamos, á los ojos de los no iniciados, por fanáticos sectarios, si ya no por contagiados de la locura que se atribuyó al maestro. El genial artista Santiago Rusiñol fué de los primeros devotos convencidos que se arrodillaron ante el ara. — Hoy (supongo que por ese *snobismo* artístico, que existe también) se cuentan por millares los admiradores confesos (quizás no convictos) del Greco, y sus cuadros se venden á precios mucho más altos — que es lo que los anticuarios y tratantes querían demostrar.

Nunca podrá ser popular ese insigne veneciano. Si la afición á su pintura cundiese sinceramente, creería yo que el gusto había sufrido alguna transformación inexplicable, rara, milagrosa. Afirmo que,

de mil personas concurrentes á la Exposición del Greco, si llega á realizarse, una sola lo sentirá y comprenderá. No es natural sentir al Greco: se le siente cuando se ha adquirido suficiente afinación, la vibración especial de la madera en los instrumentos de música muy usados. Para la inmensa turba, ¿qué es el Greco? Un pintor lúgubre, oscuro, verde, azul, amarillo, en quien las carnes parecen carnes de muerto y las lacas rojas coágulos de sangre recién vertida. Una especie de Nin y Tudó del tiempo de Carlos V.

* *

A poco tiempo de morir su esposa, dejó este mundo el marqués de Linares, opulentísimo y muy caritativo señor, dueño de un magnífico palacio que domina el punto más céntrico y hermoso quizás de Madrid. En construir este palacio tardaron veinte años los marqueses de Linares. No hubo refinamiento de lujo y suntuosidad (dentro del arte moderno) que no agotasen en él. Se hizo á todo coste y á conciencia. Se trajeron los mármoles más ricos de Italia; decoraron interiormente las estancias los artistas más ilustres. Los techos eran un asombro, los muebles una maravilla. El tocador, la alcoba, se vestían de punto de Venecia. Las sedas y los tapices que cubrían las paredes del palacio venían de las mejores fábricas, extranjeras por cierto. Hasta las cerraduras y las fallebas de las ventanas merecían allí que la vista se recreara en ellas. El palacio — en opinión de todos — era un tipo representativo de la gran morada, fastuosa y exquisita, de fines del siglo XIX, y algunas críticas de detalle no quitaban á la exactitud de este juicio.

Pero tan bella residencia casi no la disfrutaron los que la construyeron y se tomaron por ella mil afanes. Dedicados á cuidarla y á limpiarla y á evitar que entrase en ella un átomo de polvo, los dueños no la abrieron sino rara vez, y siempre con más temor de estropearla que placer en lucirla. Y ahí queda, nueva, flamante, sin tacha, para los herederos, que aún se ignora quiénes sean; ahí queda el regimiento, en que no acertará á posar la pareja. Siempre cerradas las ventanas, siempre solo y mudo, ese palacio parecía tan vacío antes como ahora. ¿Cuál será su destino?

EMILIA PARDO BAZÁN.

NUESTROS GRABADOS

En la taberna, cuadro de Brouwez. — Nació este célebre pintor holandés en Haarlem en 1608. Comenzó dibujando pájaros y flores para su madre, que era una pobre bordadora, hasta que habiendo el famoso Franz Hals podido apreciar las felices disposiciones del niño, se encargó de enseñarle pintura. Hizo el discípulo en poco tiempo tales progresos, que su maestro tuvo buen cuidado de secuestrarlo encerrándolo en un desván y haciéndole pintar pequeños cuadros de los que él sacaba gran provecho. Esta explotación, pero sobre todo el mal trato que le daba su maestro, fueron causa de que cierto día se escapara y se marchara á Amsterdam. Contaba entonces diez y ocho años, y desde aquel momento comenzó para él una vida bohemia que transcurrió entre el trabajo y los excesos y que había de terminar en el hospital. Sólo pintaba cuando su bolsa estaba vacía, y aun para ello escogía como taller las tabernas, trasladando al lienzo tipos de borrachos y jugadores y escenas orgiásticas. De allí pasó á Amberes, en donde, después de una existencia accidentada, murió en 1640. Los cuadros de Brouwez se distinguieron por su hábil composición, por su armonioso colorido, por su admirable originalidad y por su sin igual limpieza; el fondo de los mismos está tratado con tonos neutros, en cambio el primer plano es en extremo luminoso. Rubens y Rembrandt fueron grandes admiradores de este artista, cuyas obras son muy raras, y cuando alguna se pone en venta alcanza precio muy elevado. Algunas de las principales figuras en los museos de Haarlem, del Louvre, de Madrid, Dresde, Munich, Florencia, Londres, etc.

* *

En tiempo de veda, dibujo de H. Torau. — ¡Cuán cierto es que nunca llueve á gusto de todos! Cuando se abre el período de la veda, los cazadores enfundan de mala gana las escopetas, encierran sus perros, guardan sus arreos de caza y se sienten abrumados por el hastío, suspirando por el momento en que, levantada la prohibición que las leyes han decretado á fin de no perturbar la obra de la naturaleza, podrán entregarse de nuevo á su diversión favorita. Pero esta medalla tiene su reverso: mientras el cazador se aburre y rabia, las perdices, los conejos y las liebres, libres de sobresaltos, se abandonan sin reserva á los placeres que el amor les brinda, vuelan y corren tranquilos, fabrican sus nidos ó sus madrigueras y se consagran al cuidado de sus pequeñuelos. Todo es calma y alegría en el mundo de aquellos animales; nadie los acecha, nadie los persigue, y en los sitios en donde á mayores peligros estaban expuestos, se reúnen para retozar y divertirse, sin pensar en que aquel período de sosiego será de corta duración; en que antes de poco no hallarán lugar seguro ni tendrán momento de reposo, y en que ellos y sus crías serán objeto de la persecución más encarnizada.

Esta tranquilidad reflejan los conejos tan hábilmente agrupados por Torau en el dibujo que en la última página de este número reproducimos: el reputado artista alemán ha sabido no sólo trazar con gran talento las figuras de aquellos animales, sino además exteriorizar su alma, por decirlo así, expresando con raro acierto los sentimientos que les dominan.



La hermosa y jovial Amelia de Lasaulx estaba lejos de sospechar, en sus mocedades, que andando el tiempo llegaría á llamarse Sor Agustina.

Nacida en Coblenza en 1815, descendía de una antigua familia lorenesa establecida en las márgenes del Rin.

Creció en libertad como las flores silvestres, y era encantadora con sus mejillas sonrosadas, con sus negros ojos, donde brillaba constantemente la alegría, y con su risa espontánea y sonora.

Adoraba á su padre, y su padre adoraba en ella. No todos los días reinaba, sin embargo, la jovialidad en el hogar paterno. El Sr. de Lasaulx era distraído y su esposa era melancólica y taciturna.

Amelia tenía un tío, el consejero de justicia Longard, cuya hospitalaria vivienda era honra y alegría de Coblenza.

El bueno del consejero, amante de la vida regala da y de las manifestaciones de ingenio, estaba relacionado con los Mendelssohn, con la familia del pintor Cornelius, con Kaulbach, con Boissière...

Su casa estaba abierta á extranjeros distinguidos, sabios y artistas que de paso la honraban con su visita, como la honró un día el conde de Montalembert. Aquella casa era el paraíso de Amelia.

Allí saboreó ella todos los placeres de la juventud —excepto el del baile,— según declaración de ella misma.

Presentáronsele varios partidos, que ella rechazó con gran disgusto de su familia.

Castigósele con un silencio que duró meses, según costumbre local.

Siendo aquellas negativas atribuidas á orgullo, contestó ella con firmeza:

—No tengo nada de orgullosa. Alguna persona conozco á quien yo limpiaría gustosa los zapatos, si tal me pidiese.

El feliz mortal aludido nunca sospechó que fuese amado.

Amelia correspondió á las galanterías de un joven médico, creyendo amarle; pero una palabra bastó para hacerle ver claro y destruir sus ilusiones. Retiró su palabra, y al poco tiempo fué presa de una fiebre aguda que estuvo á punto de acabar con su vida.

Curó, no obstante; mas todo había cambiado en su vida y en su modo de pensar.

Amelia había tomado la resolución de hacerse monja. Pero teniendo demasiado temple de alma para ir á buscar en un convento el bálsamo que calma los dolores del corazón, la admirable joven resolvió consolarse en el ejercicio de la caridad.

Hallándose en casa de su hermano Ernesto, profesor de la Universidad de Wurtzburgo y vecino de un hospital, Amelia ardía en deseos de meterse á enfermera.

Durante el verano de 1838 practicó diligencias cerca de la superiora de las hermanas de San Carlos Borromeo, de Nancy, y partió sin despedirse de nadie.

Después de un noviciado de tres años, tomó el hábito y profesó bajo el nombre de Sor Agustina.

Mandáronla á Aquisgrán, y siete años más tarde, nombrada superiora, se trasladó á Bonn para dirigir el nuevo hospital, donde pasó veintidós años.

Uno de los hermanos de Sor Agustina, Ernesto de Lasaulx, escritor distinguido, corifeo ferviente del catolicismo liberal, aunque creyente lleno de fervor religioso, tuvo el disgusto de ver prohibidas sus obras.

Sor Agustina quería tiernamente á su hermano, aunque no opinaba enteramente como él en materia

religiosa. La santa mujer se atenía al catecismo, que interpretaba con su corazón. Creía porque amaba, y amaba porque creía.

Poseía esa religión sencilla y elevada de las grandes almas que sólo respiran á sus anchas en las alturas. Por esto había que perdonarle el haber experimentado siempre una invencible repugnancia por las prácticas absurdas, por todos los entorpecimientos del espíritu.

Cuando profesó, las reglas y estatutos de la congregación de las hermanas de San Carlos eran muy sencillos. Consignábase en ellos que las mujeres cuya vocación consistía en servir á los pobres y cuidar á los enfermos, no podían consagrar mucho tiempo á los ejercicios de devoción.

De año en año, bajo extrañas influencias, Sor Agustina vió complicarse sus estatutos con prácticas superfluas y con observancias pueriles.

Sin embargo, aquella prisionera de Dios y de los pobres no se arrepintió jamás de la esclavitud á que se había obligado. Su alegría sobrepujaba á sus penas y abatimientos.

—Siento, decía, que mi profesión no sea un ser viviente, una persona, para poderla estrechar contra mi pecho. ¿No es mi mejor amiga? ¿No calmó mis sufrimientos con la deliciosa convicción de que todas mis horas son consagradas á Dios y á la humanidad?

A menudo exclamaba:

—Los enfermos son nuestros tesoros; los sufrimientos del alma y del cuerpo son nuestros dominios; la guerra misma nos enriquece.

Asistía á los enfermos con tierna solicitud; se ingeniaba para distraerles; los velaba con frecuencia. Ayudaba á los cirujanos en sus operaciones. Adorabanla las religiosas que estaban, más bien que á sus órdenes, bajo su custodia y protección. La bondad, unida á la superioridad de carácter y de espíritu, inspiran afectos apasionados y ternuras sublimes.

Lo que Sor Agustina había hecho en su hospital, Bonn lo sabía. Lo que hizo en las ambulancias durante las guerras de 1864 y 1866, lo pregonaron los cirujanos y los médicos, los heridos prusianos, austriacos y daneses.

La monja se multiplicó, llevando su abnegación hasta el heroísmo. Aquellos excesos de caridad, le fueron fatales, pues volvió de Bohemia con la salud quebrantada.

En una de sus visitas, el capellán de la congregación llegó á Bonn, refirió pomposamente los milagros que se habían operado en las demás casas de la orden, y abriendo su cartera, rogó á Sor Agustina que le enumerase los suyos para anotarlos.

Grande fué la sorpresa del capellán cuando la superiora le contestó que nunca había sucedido nada milagroso en el hospital de San Juan.

Desde entonces, éste dejó de estar en olor de santidad.

Sor Agustina era aficionada á las bellas artes, á las ciencias y á la poesía; pero sobre todo á las flores, «que brotan, decía, directamente de la mano de Dios.»

En los últimos años de su vida tuvo ocasión de pasar algunas horas á orillas del Rin, recitando versos del Dante, mientras la hermana cocinera se entregaba á la lectura del breviario.

Su trato cautivaba, y la visitaban con frecuencia la princesa María de Wied y la anciana reina María Amelia, que nunca pasó por Bonn sin ir á ver, y le envió su retrato por conducto de su nieto el duque de Coburgo.

Lo que más sobresalía en ella era su absoluta

tolerancia. En cada error, Sor Agustina veía la parte de verdad que éste podía contener; en cada culpable, buscaba los vestigios de un fondo de honradez. Tenía amigos en todos los credos y los quería á todos casi por igual. Rechazó siempre toda tentativa de proselitismo, y condenaba el celo indiscreto como un ultraje á la bondad de Dios.

Presa de una enfermedad mortal, contraída en las ambulancias, la superiora del hospital de San Juan fué el 7 de noviembre de 1871 bruscamente destituida de su cargo por la superiora de la congregación, por haber declarado que creía en la infalibilidad de la Iglesia, sin haberse pronunciado acerca de la infalibilidad del romano pontífice.

Fué relegada á Valleudar, en una enfermería confiada á las hermanas de San Carlos.

Al principio de su cautiverio, lo que más le apenaba era la privación del sacramento de la Eucaristía. Un cura resuelto le llevó después furtivamente el pan espiritual que saciaba su hambre divina. Entonces recobró un poco de alegría y de fuerza. Aún se oyó otra vez aquella risa franca y sonora que tan comunicativa había sido en otro tiempo.

En sus horas de ocio contemplaba el Rin, repasando la historia de su vida, dando sabios consejos á las monjas de Valleudar, prodigándoles los tesoros de su larga experiencia, y escribiendo á sus amadas hermanas de Bonn para suplicarles que quisiesen y respetasen á la superiora que la había substituído.

Pero aquella dura prueba acabó muy pronto con las fuerzas de Sor Agustina. Todos sus enemigos se confabularon para echarse sobre aquella noble presa. Consiguieron mantener su excomunión y adelantaron su muerte.

Lo que más condolía á la pobre mártir era la pena de la superiora de Valleudar.

—Sentís, indudablemente, le dijo un día, tener una excomulgada en vuestro convento y haber de asistir á su entierro. Tranquilizaos. Me encerraréis en un ataúd, y el barquero me transportará al otro lado del Rin. En este papel va el precio de su trabajo. Allí están enterrados mis padres y mi hermano. No faltará quien me entierre junto á ellos.

La hora suprema se acercaba. Aquel corazón, que no había conocido más fiebres que la de la caridad, iba á cesar muy pronto de latir. El 28 de enero de 1872 Sor Agustina expiró diciendo:

—Jesús mío, en Ti he vivido y muero en Ti.

Después de su muerte, todo pasó como ella había previsto. La despojaron del hábito de su orden. Expidieron su cadáver á la orilla opuesta del río, bajo la custodia de los barqueros, que amarraron su barca delante de una taberna donde entraron á beber. Llegó á aquel sitio la princesa de Wied en el momento en que varios chiquillos jugaban en torno de la difunta.

La princesa cuidó del cadáver, que fué colocado en la sala común del mesón, de cuyas paredes colgaban mustias guirnalda de follaje y flores que habían servido de adorno para un baile.

Para conducirlo al cementerio se aguardó el tren de Bonn, en que eran esperados varios amigos y algunas monjas del hospital que á toda costa quisieron asistir al entierro de «su madre.»

Echáronse flores en la fosa y se recitaron piadosas plegarias, y al caer la tierra bendecida por la amistad, descendió el eterno reposo sobre aquella sepultura en que una santa iba á dormir el sueño eterno.

(Dibujo de Triadó.)

JUAN B. ENSEÑAT.

EL GÉNERO ÍNFIMO

LA BELLE ETOILE

I

Un mes antes de aparecer en aquel tablillo del salón cantante, de deslumbrar á los pretorianos de la casa, la flor de los clubs, desde aquel trono moderno de la musa báquica, ya se hablaba en todas partes de la *divette* y llamaba la atención de los transeuntes, en los grandes carteles pegados en las esquinas y en la puerta del teatrillo, con su figura al cromo de chillones colorines y alborotada cabellera prerrafaelista, y debajo en titulares rojas enormes para que se distinguieran bien, el nombre de la estrella lírica, lo menos lírica posible, en francés, por supuesto: *la belle Etoile*.

La elegancia lánguida de la figura, su actitud provocativa, inclinada, como brindando al público su canción, el juego de palabras denominándola, cuanto constituía la característica de la mujer interpretado fielmente por el fotógrafo, parecía corroborar los bombos de los sueltos de contaduría desparramados por los periódicos y cuanto decían los concurrentes asiduos al espectáculo.

Decían éstos, ante todo, que *la belle Etoile* era guapa, muy guapa, cualidad imprescindible en un género que, á pesar de bastardeado, perpetúa el culto helénico á la plástica; decían también que la *divette* era una especialidad en el *cupletismo*, en el que poseía verdadero estilo propio, cantando á través de un agujón de abeja, y decían, por fin, que era una esfinge cosmopolita con la independencia de un gorrión, la fiereza de una gata, la altivez de una castellana antigua y el orgullo de una reina.

De su historia íntima de bacante se referían cosas estupendas.

Lores suicidados después de gastarse una fortuna en su obsequio; grandes archiduques reñidos con el emperador por su causa y empeñados en una boda morganática; potentados yanquis ofreciéndola un millón de dólares por una mirada, y ella sin quemarse en esta atmósfera de poder y pasión, como si su corazón fuera de amianto, riendo á carcajadas en una constante personificación de la burla y abrasándolos más con su desdén irresistible lleno de gracia diabólica.

El último episodio de que había sido protagonista revestía caracteres extraordinarios. Uno de los reyes del petróleo poniendo á sus pies sus minas enteras de nafta y sobre la mesa de su cuarto de hotel un collar de brillantes envuelto en un cheque de miles de pesos, y la *cupletista*, en guisa de elocuente respuesta y antes de volverle la espalda, echando por el balcón las alhajas que á la zazon tenía encima, dos sortijas con dos hermosos solitarios.

Las demás señas particulares completaban la ex-céntrica figura, concluyendo de rodearla de un nimbo de exotismo que contribuía á su fama. Tiraba á las armas, asegurándose que alguna vez había ido al terreno con cierta rival que se llevó un soberbio floretazo en el pecho; adoraba el automóvil, complaciéndose en seguir las calles á toda velocidad, sin parar mientes en atropellos y peligros, y bebía el champagne con una serenidad olímpica, sin perder jamás la cabeza, como una diosa. Por no sufrir imposiciones, no las sufría ni de los empresarios, y lo mismo rompía una contrata, que firmaba su prórroga. A la menor exigencia del amo ó del público, su voluntad de acero saltaba, y al expreso sin más explicaciones.

Libre siempre, el propio aire. He ahí su arrogante divisa.

Tenía otra, sin embargo: el culto de la bacanalía, al que sacrificaba cuanto poseía, pero sin soltar las riendas de su carro triunfal y atropellando impasible con la arrogancia de Tullia los cadáveres de los que vertían el oro á sus pies. Esta fama de seca é insensible contribuía no poco á su prestigio, según los comentaristas cínicos del salón cantante, y constituía quizás el mayor de sus atractivos. Era un mármol inmortal al que no animaba el divino fuego. A través de sus risas locas, de sus carcajadas diabólicas, de sus nerviosidades, descubriase la nieve, y la misma *divette* no ocultaba su frialdad, vanagloriándose de alimentarla.

Era lo que el hombre, el amo, el déspota, el que empuja siempre despiadadamente al abismo, se merecía.

Guerra al hombre, y guerra terrible, implacable, la guerra solapada de las miradas y las sonrisas, la guerra lenta de vampiro en que se le deja arruinado después de explotarle, en que se le mata despacio, sin compasión.

La musa que inspiraba sus aplaudidas *chanso-*

nettes, musa callejera, musa cínica del arroyo, que daba á su acento y á sus ademanes el interés de la procacidad contenida para hacer resaltar su malicia, había, al parecer, encallecido su espíritu, si es que éste había existido alguna vez bajo aquella cabeza blonda de león joven y dentro de aquella estatua de mármol pentélico.

Con tales antecedentes se comprenderá la impaciencia con que el empresario del salón cantante, un viejo *eogrognier* de casa de juego, esperaba el debut de la *belle Etoile* y con qué satisfacción se restregaría las manos en su despacho del teatrillo, tan conocido del libertinaje artístico, la víspera de presentarse al público el astro *cupletista*.

II

Hasta las figuras que decoraban las paredes, toda una turba de *guchas* japonesas entregadas al más delirante de los bailes, parecían aquella noche más alborotadas y sus túnicas chillonas é intensas de tonos azules y verdes más inverosímilmente distendidas.

Diríase que los ojos de las bailarinas centelleaban como nunca bajo el resplandor sideral de los focos eléctricos.

No faltaba al debut de la *diva* ni uno solo de los habituales concurrentes al salón cantante. Allí estaban en su palco los abonados de la ópera, de frac y corbata blanca, escapados á la hora crítica de la platea de la gran dama para venir á conocer á «esa chica que debuta en el *Féerique concert*»; allí estaban los viejos verdes de risita sardónica y gran calva, cargados con sus gemelos que no cesaban de limpiar con el pañuelo, para que ni la más leve mota empañara la ansiada visión; allí estaban los estudiantes aturdidos que empeñan los libros para aplaudir á las *cupletistas*, y que son los que las jalean y animan con las mayores procacidades de palabra; allí estaba el banquero de las patillas blancas y gardenia en el ojal, que lleva un libro de caja sólo para las *divettes*, y el general de bélicos bigotes y perilla como las de los veteranos de los tercios, que las enamora con voces de mando, y el señor afeitado y discreto de juiciosa reputación, que á través de su moral estrecha y rígida echa de cuando en cuando su canita al aire, todos enardecidos, todos impacientes y todos fumando, mientras los acomodadores acoplaban en las localidades á los sátiros que iban acudiendo.

El pianista ocupó su sitio, preludivió un acorde, un absoluto silencio en el que como si se advertían vientos de anhelo reinó en la sala, y abriéndose las dos mitades de terciopelo verde del telón, surgió en la escena una forma blanca que se adelantó saludando hasta el límite del tablado. La sorpresa fué unánime y tan brusca, que un instante detuvo el aplauso que al cabo estalló atronador.

Todo el mundo esperaba ver aparecer una bayadera sensual, Cleopatra deslumbrando de oro, sedas y piedras, y salía un hada, Psiquis casta, pura y vaporosa, vestida enteramente de blanco, con zapatos blancos y un blanco lazo en los cabellos rubios; la media negra bajo la falda corta era la única nota fuerte de su traje.

Con justicia traía fama de exótica. Nada más extraño que su fisonomía, mezcla de ángel y de pillete, con unos ojos, ora acerados, ora dulces, que parecían fijarse en cada cual de los espectadores y que poseían una fascinación singular é irresistible. El cuerpo, delicado, fino, quebradizo, de niña, correspondiendo á la expresión de la cara. La canción libidinosa, picaresca, provocativa, cupidiscente, resultaba anacrónica saliendo de aquellos labios de apariencia casta, como un hilo de lodo resbalando por un caño de cristal.

Tenía poca voz, pero la modulaba con exquisita gracia, acompañándola del gesto, con el que expresaba cuanto no se podía decir, y eso que allí se podía decir todo.

Fué un éxito enorme, una tempestad que concluyó por ponerla orgullosa, y que al grajo del empresario le hizo volver á frotarse las manos de gusto en el cubil de su despacho.

III

Le descubrió una noche en la primera lateral de butacas, chocándole desde luego su atención recogida, tan poco consonante con la algazara habitual del público. Era un hombre como de treinta años, con toda la barba y con la frente despejada y anchurosa.

Con su costumbre de ver á la gente desde la escena, apreció en él un rostro de muy correctas líneas y muy expresivo, y unos ojos ávidos que se clava-

ban en ella con insistencia, pero sin descaro. Uno de tantos..., pero al acabar cada *couplet* le miró sin darse cuenta.

El cortejo de esclavos que se renovaba en torno suyo en todas las grandes poblaciones europeas también estrechó ahora su cerco con sus collares de brillantes y sus cheques y sus ramos de flores y sus pasiones imperiosas, y como siempre encontró unas veces el puntapié despreciativo que desparrama las piedras preciosas, otras la correspondencia transitoria y efímera que apaga la veleidad en seguida de satisfecha, ya la promesa que parece irse á cumplir á cada paso y que no llega jamás á realizarse, ya la fingida rendición terminada en un desplante, en una grosería ó en una bofetada. Lució su tren en las carreras de caballos, se paseó en automóvil, corrió en bicicleta, publicaron su retrato los periódicos ilustrados, hizo el ruido de una bola de billar que se escape de la mesa, y altiva é insensible como de costumbre, sólo tenía ojos por las noches, rodeada de sus protectores, para el joven de la lateral que continuaba escuchándola silencioso y correcto.

IV

Llegó la noche de su beneficio, la noche de la apoteosis.

La sala estaba llena de bote en bote, sin faltar ni uno de sus banqueros ni de sus aristócratas ni de sus estudiantes, de cuantos la habían abrumado con sus tarjetas, sus blasones y sus ansias juveniles. Su cuchitril de vestir del teatrillo, pomposamente denominado *camerín*, hallábase abarrotado de alhajas cada cual con su tarjeta indicatoria, una joyería, un dineral que hacía abrir ojos como puños á sus compañeras de profesión, menos cotizables. Algunas tarjetas, precisamente las prendidas en los estuches más humildes, contenían sólo iniciales y eran de desconocidos atentos.

¿Sería alguna de su admirador silencioso de la lateral?

¡Ah, no! En seguida recordó su aspecto, su ropa pobre y vulgar.

El desconocido no pertenecía á la clase adinerada, era pobre.

Estuvo soberbia de belleza, de gracia y de intención.

Ya no era aquello una mujer cantando *couplets*, era el *couplet* mismo cobrando vida. Los estrepitosos aplausos apenas dejaron oír, interrumpiéndola en cada frase.

Como nunca prodigó sus sonrisas, sus miradas; pero todo el mundo notó que sus ojos casi no se apartaron de la lateral izquierda de butacas, con tanta insistencia, que se diría que dedicaba á alguien la noche.

Y al concluir, no hubo nadie que no viera á un joven con barba negra, sentado en la primera de las susodichas laterales, incorporarse en su asiento, y llevándose una mano á la boca, lanzar en un arranque de entusiasmo silencioso á la *divette* un beso que ella recibió en plenas pupilas.

V

La belle Etoile, la *divette* de moda, la *cupletista* dictadora y única, la reina del *Féerique concert*, rodeada de joyas que la cercan de olas de piedras preciosas, todavía con su albo traje de Psiquis pura, escuchando aún los postreros aplausos de su beneficiador; y las últimas alabanzas estúpidas de sus galanteadores; llora de rabia en su *camerín*, dejándose desnudar por su doncella.

¡Ah, sí! Aquel beso ha sido la luz que rasga las tinieblas, la temida revelación, la realidad terrible. ¡Ama, ama, ama, por fin! Está vencida, ella, el mármol, la nieve, la insensibilidad, la que se ríe del corazón y lo pisa; ella, la bacante que odia al hombre, ante la que todo el mundo se prosterna para destruirla entre todos; ella, á la que no se permite el amor; ella, que es indigna de sentirlo..., ¡jama, está perdida!

Y rompe con furia los tules en que se envuelve al quitárselos la doncella, arrojando las prendas encima de las alhajas y exclamando á borbotones iracundos: — ¡Amo! ¡Amo!

VI

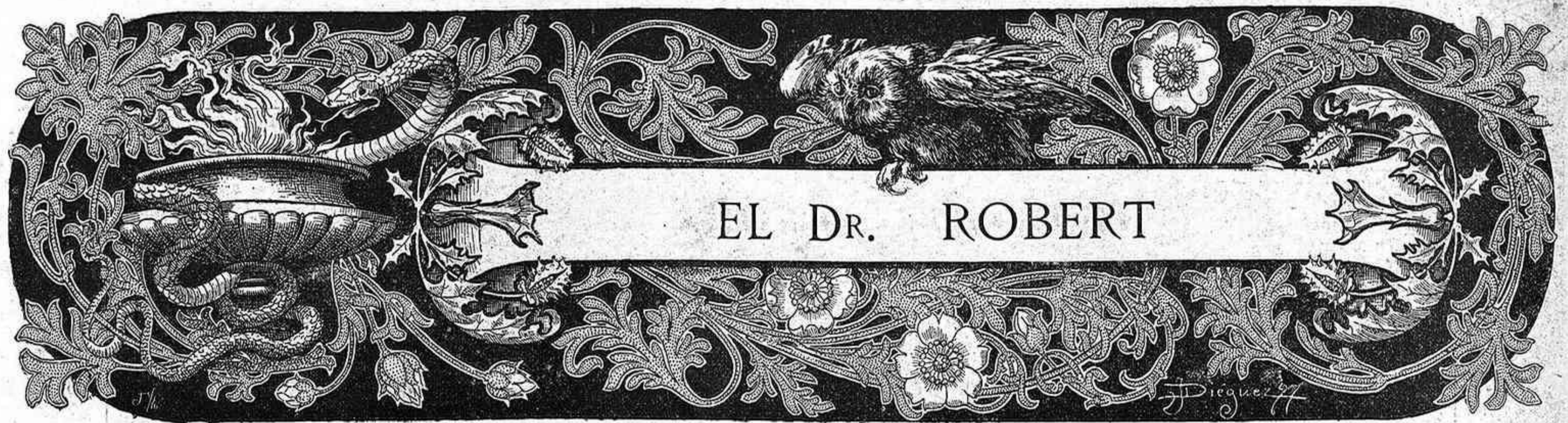
A la mañana siguiente el empresario recibió aterrado un billete de la *divette* rescindiendo su contrata y anunciándole que cuando lo leyera estaría muy lejos.

No dejó huella de su fuga, ni se supo dónde fué á parar.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



LA BELLE ETOILE, dibujo de Méndez Bringa. (Véase el artículo de la página anterior.)



Surgen á veces en la historia de los pueblos figuras que de momento se imponen por sus talentos ó por sus audacias; pero pasa el tiempo, bórrase el recuerdo de las circunstancias que les hicieron sobresalir, y entonces sus grandiosos contornos se desvanecen, sus hechos se discuten y acaba por apagarse su memoria cuando no se les arroja violentamente del pedestal en que un día se elevaron.

Son también frecuentes los casos de personalidades no comprendidas ó combatidas en su época, que logran, cuando de este mundo desaparecen, la fama que sus contemporáneos les negaron y que, haciendo justicia á su obra, la posteridad les reconoce.

Pero son pocos, muy pocos, los ejemplos de hombres que habiendo saboreado mientras vivieron las dulzuras de la gloria, han conseguido que su nombre se transmita á las generaciones futuras envuelto en aureola cada vez más luminosa, cada día más grande.

Para ello se requieren cualidades y méritos que sólo á los seres privilegiados les es dado reunir.

En el número de estos pocos, de estos privilegiados, figurará sin duda el sabio eminente, el patricio ilustre cuya muerte, que constituye una pérdida inmensa para la ciencia, ha llenado de luto á Barcelona, á Cataluña entera, y causado honda impresión en toda España.

El Dr. Robert, en efecto, fué en vida por todos admirado por su saber, que le llevó á la cúspide de la fama médica, y por su abnegación y su desinterés, que le hicieron el ídolo de todo un pueblo; y después de muerto y á medida que los años transcurran, su figura moral, soberbiamente hermosa, se irá agrandando y su nombre, siempre pronunciado con veneración y con cariño, figurará en la historia al lado de los que han sido encarnación de ideas nobles avaloradas por acciones eternamente memorables.

Y es que en el Dr. Robert se juntaban en grado extraordinario esas cualidades y esos méritos á que antes nos referimos.

Fué médico eminentísimo, como eminentísimo habría sido en cualquier otra profesión á que se hubiese dedicado, porque en su cerebro había aptitudes para asimilarse con intensidad prodigiosa toda clase de conocimientos y en su corazón energías para descollar en todas las ramas de la actividad humana. Sus aficiones, su temperamento, le llevaron á la medicina, y en la cátedra, con su explicación clara, metódica y substanciosa; en las academias, con su elocuencia y su dialéctica admirables; en la revista, con su lenguaje sobrio y su erudición pasmosa, y á la cabecera del enfermo, con su portentoso golpe de vista clínico, fué el primero entre los más ilustres.

A impulsos de sus patrióticos sentimientos, heridos por las desgracias que á nuestra patria han afligido en estos últimos años, lanzóse á la política; y aquel hombre, poco menos que ignorante de cuanto se relacionaba con la cosa pública, que jamás había tenido para él atractivo alguno, de tal manera supo

comprender los complejos problemas que la política entraña, de tal modo supo identificarse con un programa, en el cual tenían, en su sentir, solución estos problemas, que fué proclamado jefe indiscutible del

por sorpresa lo que creía necesario callar, y sin que consideración ni temor alguno le hicieran callarse aquello que estimaba preciso decir. Y aquel orador novel en lides parlamentarias, conquistó desde el

primer instante el respeto y la admiración de la Cámara y mereció que los más conspicuos de todos los partidos recogieran sus alusiones, y al discutir las doctrinas del jefe regionalista prodigaran sus alabanzas y expresaran su consideración al político convencido, al ciudadano integérrimo, al elocuente tribuno. Cuando quiso tratar la cuestión económica, acabó por dominarla de tal manera, que sus discursos sobre materia tan opuesta á sus estudios y á sus aficiones pudieran pasar por obra del más consumado hacendista.

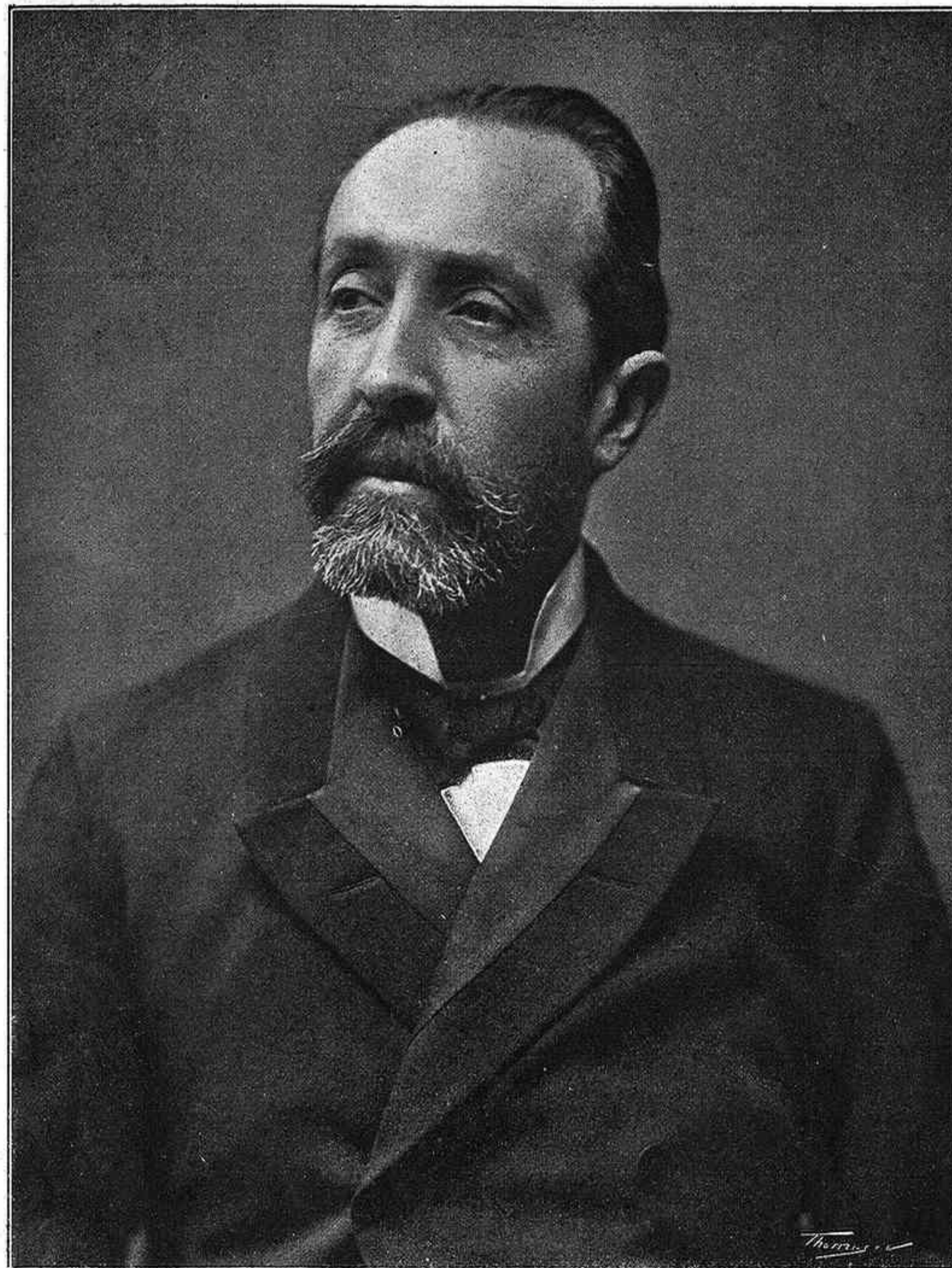
Y es que, como hemos dicho, su talento podía abarcarlo todo: bastábale fijarse en cualquier problema para extraer del mismo la substancia, reunir, después de un minucioso análisis, sus elementos característicos y fundamentales en grandes síntesis, y exponer los principios desentrañados y las enseñanzas deducidas con riguroso método, con claridad pasmosa, con lógica abrumadora y contundente.

Al servicio de estas que pudiéramos llamar cualidades de fondo, ponía el Dr. Robert un lenguaje galano, pero nunca rebuscado ni florido, sobrio sin aspereza, elevado sin afectación, y sobre todo aquella voz dulcísima, aquella sonrisa bondadosa, aquella mirada suave y aquella mímica sencilla y expresiva que, si en su vida pública arrebatában á los convencidos, atraían á los indiferentes y desarmaban á los adversarios, en su trato particular, íntimo, le conquistaban en seguida la simpatía, el cariño, la veneración de cuantos le conocieron y con su leal y preciosa amistad se honraron.

Grande, poderosa, fué su inteligencia; pero fué más grande, si cabe, su corazón.

Hizo de su carrera verdadero sacerdocio, no oficio lucrativo. Pobres y ricos, más aquéllos que éstos, tuvieron en él al médico del cuerpo y del alma, que con su prodigioso saber devolvía la salud al enfermo y con su bondad sin límites llevaba el consuelo y la esperanza al afligido. Jamás quiso saber lo que podrían pagarle los que á él acudían para entregarse á ellos por completo. No ajustaba el esfuerzo á la magnitud de la recompensa probable: la muerte acechaba á un semejante suyo, y éste invocaba su auxilio, pues allá iba él á luchar con la muerte ferozmente, sin descanso, como luchan los héroes, como luchan los apóstoles de las grandes causas; y si después de la victoria le daban poco, con poco se contentaba, y si nada le daban, nada pedía, que para él el sentimiento del deber cumplido, la satisfacción de haber salvado una existencia ó calmado un sufrimiento, eran su mejor premio.

Con idéntica solicitud acudía al palacio del potentado y á la buhardilla del indigente; á todos trataba con igual cariño, con esa afabilidad que no olvidarán



EL DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT, fallecido en Barcelona en 10 de abril de 1902

partido defensor de tal programa y reconocido como verbo de la idea representada por este partido.

Y en esta nueva fase de su vida demostró una vez más la pluralidad y la magnitud de sus talentos.

Nombrado, puede decirse que por aclamación popular, alcalde de Barcelona, su paso por nuestras Casas Consistoriales señaló el comienzo de una nueva era regeneradora para la administración de la ciudad, comunicando al municipio sus grandes prestigios propios é indicando el verdadero camino que han de seguir las corporaciones municipales si quieren responder á su misión importantísima.

Fué á las Cortes por el voto de sus conciudadanos, y el que hasta entonces sólo se había manifestado orador académico, pronunció, ante un concurso, casi en su totalidad resueltamente hostil á sus doctrinas, una serie de oraciones, que adversarios y amigos han considerado con razón como modelos de oratoria parlamentaria. Allí, en el Parlamento, dijo cuanto quiso, pero nunca más ni menos de lo que se proponía; sin que los más diestros en esta clase de batallas y escaramuzas lograsen arrancarle



BARCELONA. - ENTIERRO DEL DR. ROBERT. - PASO DEL CORTEJO FÚNEBRE POR LA RAMBLA DEL CENTRO (de fotografía de la casa Helius, objetivo Cooke)

nunca los que por él hayan sido asistidos, con esa dulce persuasión tan saludable como la misma medicina que luego recetaba. Su presencia en las casas de los enfermos infundía una confianza sin límites, y las familias, al perder á alguno de sus deudos, quedábanse más resignadas si podían decir que lo había visitado el Dr. Robert; con esto indicaban haber hecho todo lo humanamente posible para salvar al ser querido.

Siendo el médico de más numerosa clientela, era de los que más módicos honorarios percibían; habría podido ganar una fortuna trabajando poco, pero prefirió una medianía con mucho trabajo: aquélla tal vez habría sido amasada con lágrimas; ésta representaba un tesoro de bendiciones.

También fué su corazón el que le llevó á la lucha política. ¿Qué había de ganar en ella? Nada. ¿Qué se exponía á perder? Mucho. Fama, honores, consideración y respeto universales, todo lo había conquistado en el ejercicio de su carrera; pero llegó un día en que todo un pueblo cifró en él sus esperanzas, y un partido, invocando su patriotismo, le consideró como la personalidad más indicada para dirigirlo, y el Dr. Robert, atendiendo á que era un pueblo enfermo el que lo llamaba, acudió al llamamiento sin que le arredraran las dificultades que habría de vencer, ni el ímprobo trabajo que habría de realizar: su voluntad de hierro, su actividad maravillosa, hallaron modo de servir á la causa que en él se confiaba con la misma fe y el mismo entusiasmo que había puesto y continuó poniendo al servicio de la ciencia médica.

Y en el Dr. Robert encarnaron las aspiraciones de Cataluña, y ante la representación nacional describió los males que á la patria

aquejan y señaló los remedios que curarlos podrían, con la misma seguridad, con el mismo convencimiento con que en la clínica diagnosticaba la dolencia del enfermo y dictaba la fórmula que había de devolverle la salud ó aminorar por lo menos sus padecimientos.

Los que sabemos cuánto trabajaba y cómo trabajaba el Dr. Robert antes de entrar en la vida política, los que hemos visto la suma de titánicos esfuerzos que hubo de hacer para atender á sus deberes de hombre público sin descuidar sus deberes profesionales, somos los que mejor podemos apreciar la magnitud del sacrificio que se impuso, no por ambición, sino por su amor entrañable á su tierra.

Pero aquella existencia vertiginosa, aquella labor ímproba eran superiores á las fuerzas humanas; y el

Dr. Robert, que no quiso abandonar nunca á sus enfermos ni desatender jamás á sus partidarios, murió víctima de lo que él consideraba como deberes sagrados.

Su muerte fué digna coronación de su vida: rodeado de compañeros que veneraban en él al maestro y en él adoraban al amigo; entre un coro de alabanzas cuyos ecos habían de sonar pocos momentos después como honras fúnebres anticipadas, cayó, como herido por un rayo, en el instante en que con la sonrisa en los labios expresaba lo difícil que le era hablar cuando quería dar forma á lo que sentía su corazón... Y aquel corazón que tanto había amado cesó de latir para siempre.

La consternación de los barceloneses, al saberse la noticia de su fallecimiento, fué unánime: no hubo



BARCELONA. - ENTIERRO DEL DR. ROBERT. - EN EL CEMENTERIO (fotografías de Serra y de Laureano)

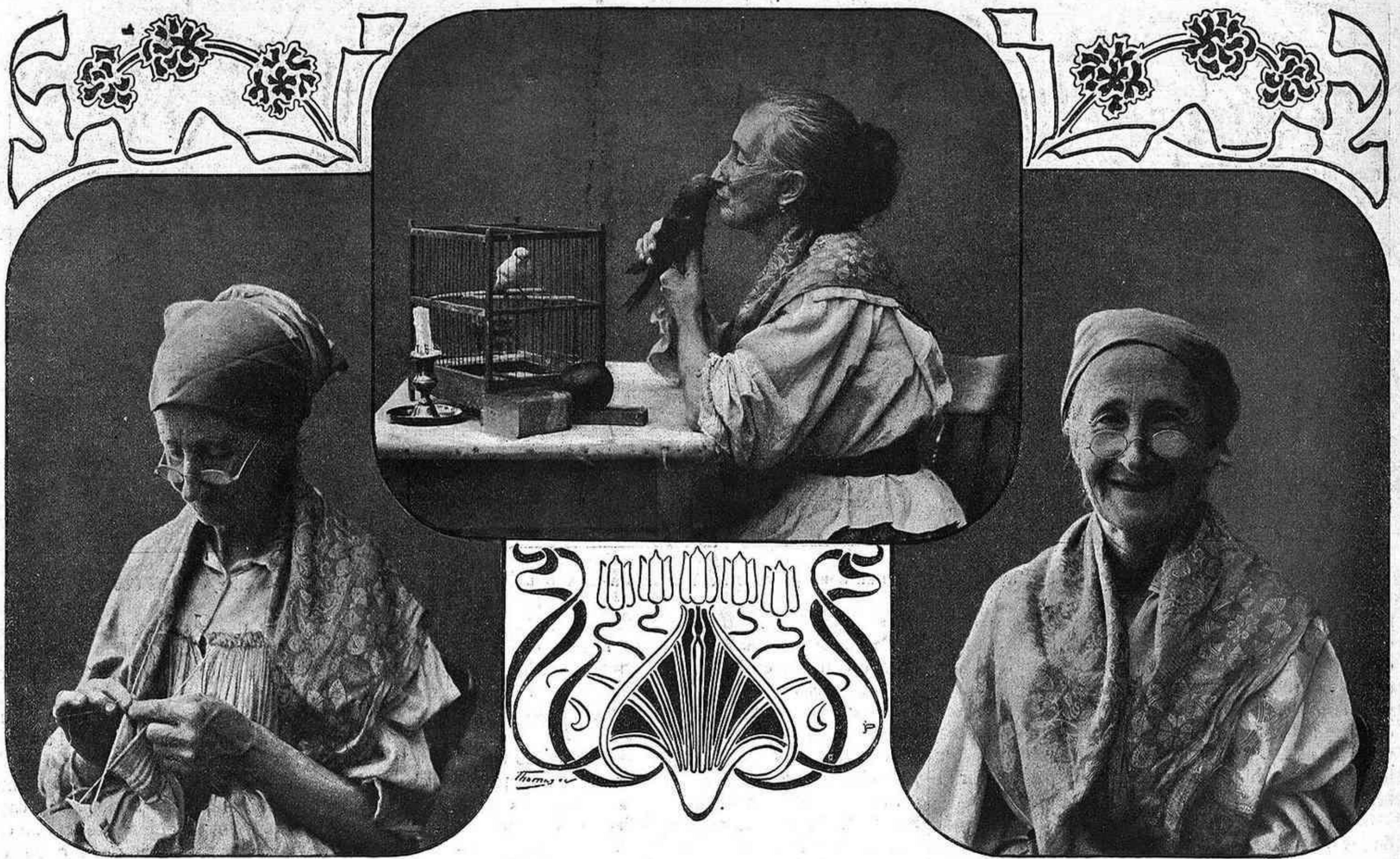
familia que no sintiera un vacío como si de la pérdida de uno de los suyos se tratara; no hubo ojos que no derramaran una lágrima ni labios que no murmuraran una oración por el Dr. Robert.

Su entierro fué la manifestación más grandiosa é imponente que ha presenciado Barcelona. Las tiendas se cerraron, y la población en masa, despreciando la lluvia que caía, acudió á presenciarlo. Fué una explosión de dolor de toda una ciudad; el alma de todo el pueblo catalán daba el postrer adiós al hijo más querido y más ilustre.

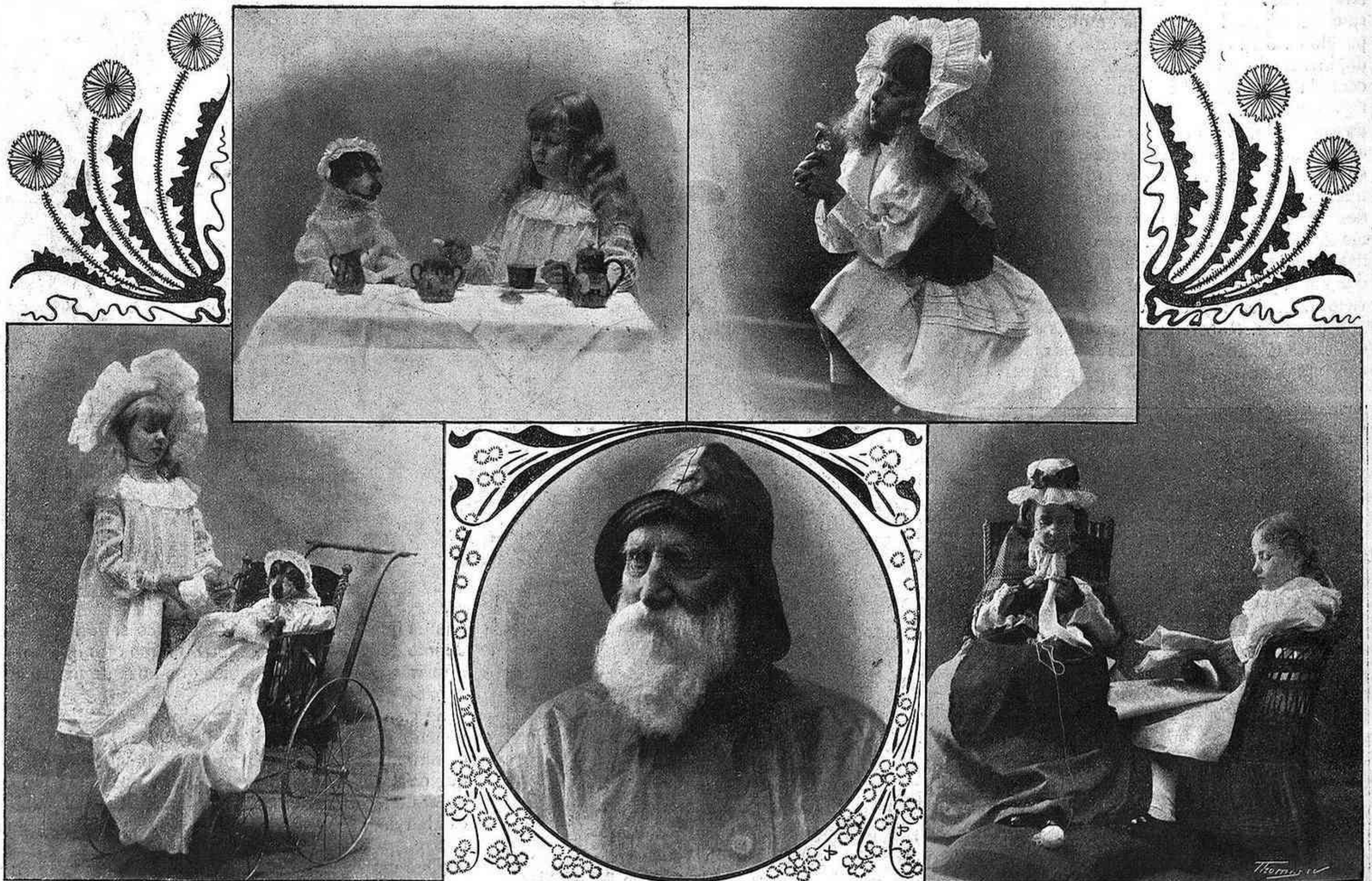
¡Qué menos podía hacer para el que tanto por Barcelona y por Cataluña había hecho!

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al dedicar este modesto recuerdo á la memoria del sabio, del patriota, del amigo inolvidable, envía su más sentido pésame á su familia.

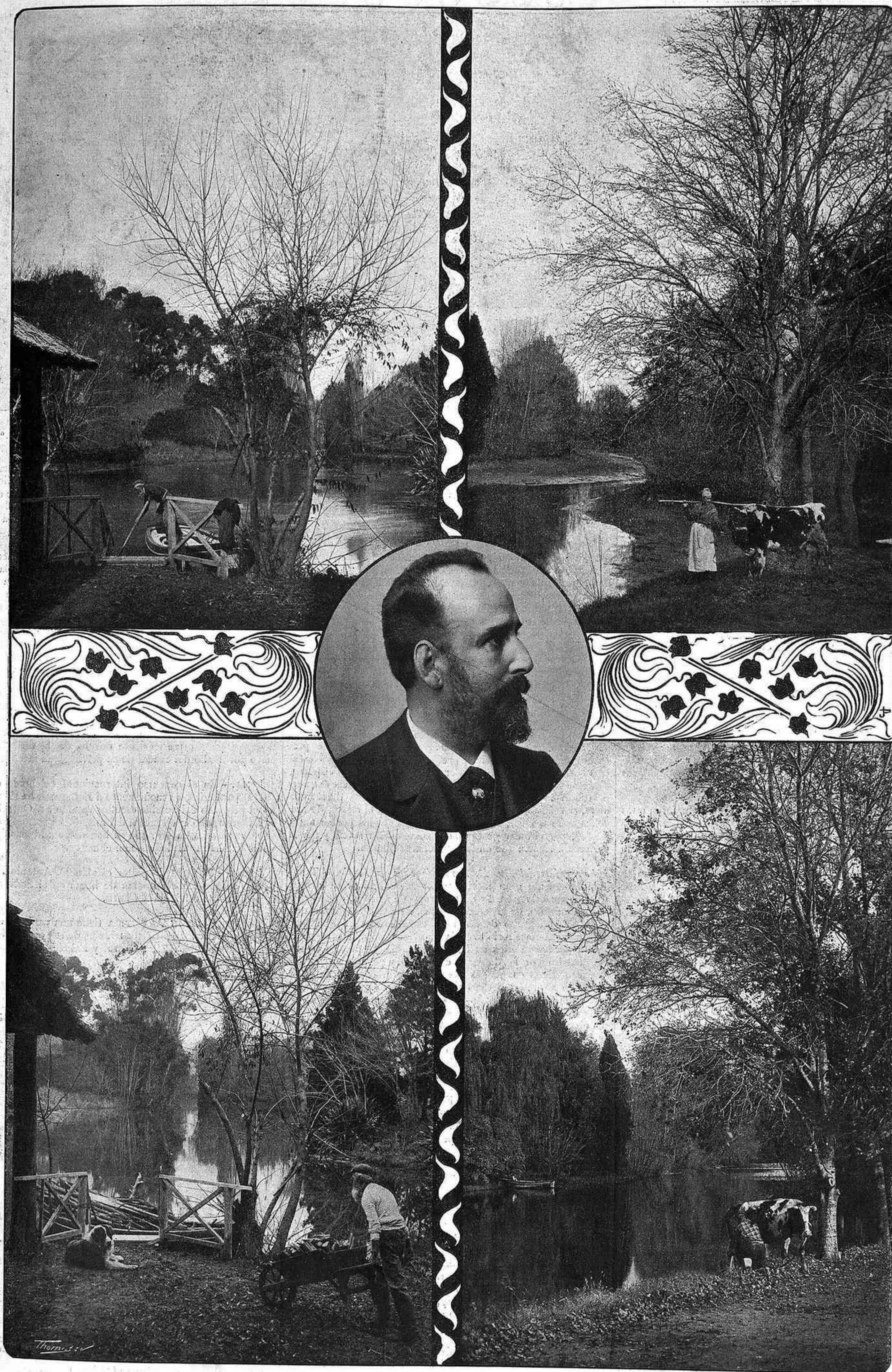
¡Descansen en paz el Dr. Robert! - A.



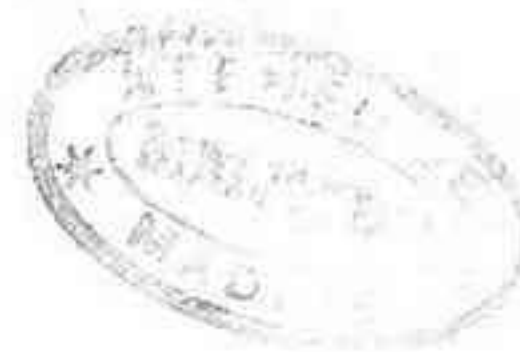
FOTOGRAFÍAS DE D. HERNÁN CULLÉN, primer premio del grupo 5.º

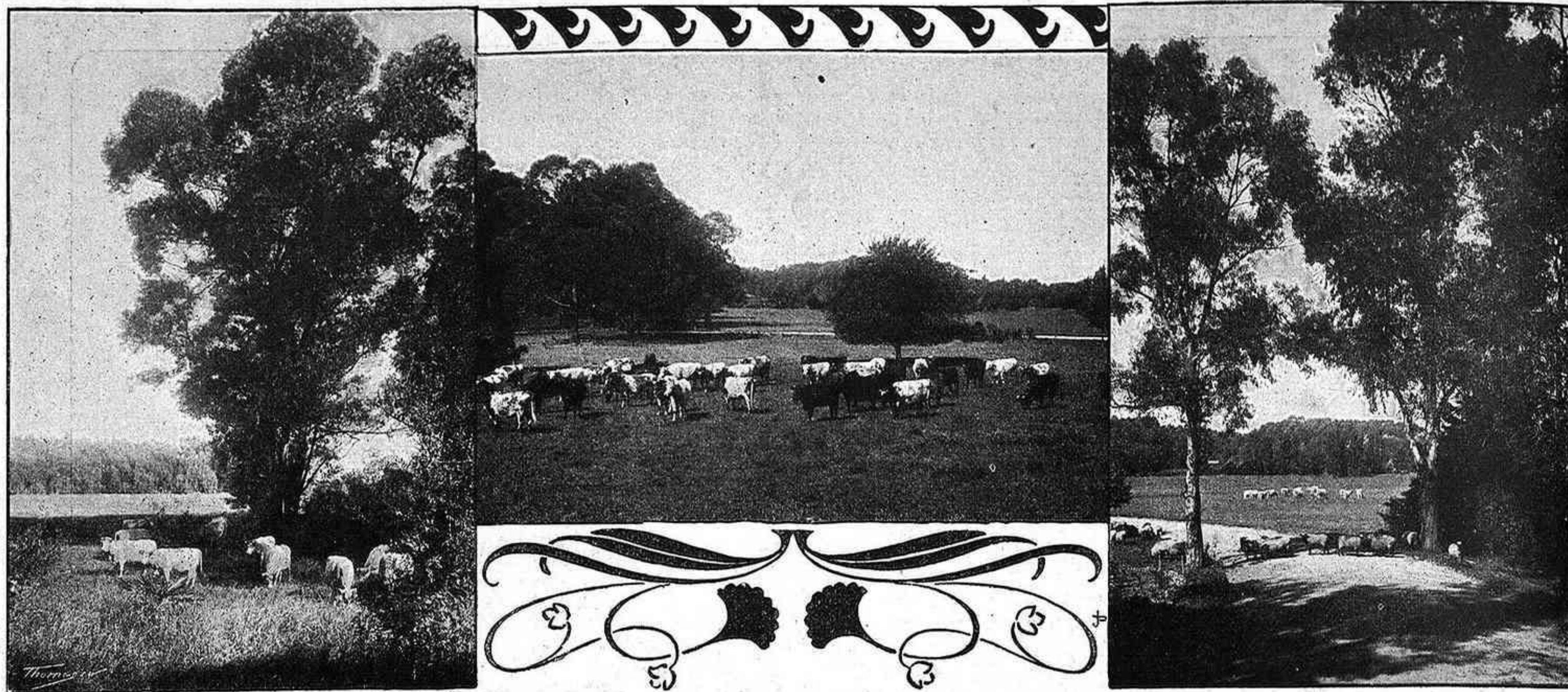


FOTOGRAFÍAS DE D. W. A. NICHOLSON, tercer premio del grupo 5.º



EL DR. D. FRANCISCO AVERZA Y SUS FOTOGRAFÍAS PREMIADAS CON EL GRAN PREMIO ADSCRITO Á LA COPA DE HONOR





CONCURSO DE LA SOCIEDAD FOTOGRAFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS. - FOTOGRAFÍAS DEL DR. D. LEONARDO PEREYRA IRAOLA, tercer premio del grupo 2.º

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

DE LA SOCIEDAD FOTOGRAFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS

La creación de esta clase de concursos ó certámenes fué una idea genial, porque en su círculo de acción tienen mérito parecido al de los juegos florales y al de los salones ó exposiciones de pinturas y esculturas. Si los unos procuran á los poetas y prosistas ocasión de mostrar en pública lid sus talentos, traducidos en ideas hermosas y originales, en pulidas frases y en conceptos fluidos; si las otras recrean nuestra vista con las creaciones del genio manifestadas en líneas y colores, los certámenes fotográficos impulsan también á los aficionados á aguzar todo su ingenio para probar su buen gusto en la elección de ideas, de ambiente, de luz, haciendo de la cámara obscura sólo el medio de obtener el fin perseguido.

Los resultados del concurso celebrado en Buenos Aires por la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados no han podido ser más satisfactorios, y demuestran de un modo elocuente el grado de perfección á que el arte fotográfico ha llegado en la República Argentina.

Las fotografías premiadas que en el presente número se reproducen son la prueba más elocuente de lo que afirmamos.

Séanos permitido decir algo sobre las mismas y sobre sus respectivos autores.

Fotografías del Dr. D. Francisco Ayerza. - Obtuvieron estas fotografías el gran premio adscrito á la Copa de Honor, pero el Dr. Ayerza no pudo disfrutar de su triunfo, pues falleció pocos días antes de que el Jurado dictara su fallo: la muerte le sorprendió cuando acababa de cumplir cuarenta y dos años y la vida le sonreía con todos sus atractivos. Las cualidades que sobresalían en D. Francisco Ayerza eran su carácter franco, abierto, caballeresco, que le conquistaba la simpatía de cuantos le trataban; su conversación agradable; la rapidez y claridad de concepto en todos aquellos asuntos relacionados con su carrera de abogado; la amplitud y la elocuente exposición de sus doctrinas político-sociales y la rectitud de su criterio en todas las manifestaciones del arte. Su biblioteca de obras de derecho era la más completa de la República Argentina, y tan exacto conocimiento tenía de ella, que para cada caso consultado por algún cliente ó colega tenía siempre á mano los libros que lo resolvían. Poseía una galería de cuadros verdaderamente notable, más por la calidad que por la cantidad, en la que figuraban buen número de firmas de pintores españoles.

Pero en lo que mostraba un gusto exquisito, extraordinarios conocimientos y una paciencia y una laboriosidad sin límites, era en sus trabajos fotográficos, pudiéndose asegurar que en toda la República Argentina no hubo quien le aventajara en punto á la concepción del plan, á la idea, intención y estudio preliminar de la vista, ni en pulcritud y terminación de sus obras en los menores detalles, resultando verdaderos y acabados cuadros. Algunas fotografías le costaron horas y días buscando y esperando el momento oportuno para sorprender un grupo, una pose natural, un efecto de luz, una escena campestre ó los cambiantes de paisajes hallados entre recodos de misteriosas frondosidades, descubiertos en estancias ó en plena pampa y á toda luz en excursiones de artista enamorado de la naturaleza. La mejor confirmación de nuestros asertos la tienen los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en los muchos y hermosos trabajos que en las páginas de esta Revista se han publicado y en los que en el presente número se reproducen.

El Dr. Ayerza, con sus preciosas producciones, elevó en la República Argentina la fotografía á la categoría de un verdadero arte, haciendo nacer entusiasta afición entre la juventud portefa y consiguiendo poner á una altura eminente la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, de la que fué fundador, presidente en distintas ocasiones y alma mater en todo tiempo. A su asiduidad y á sus consejos se debe que dicha sociedad sea verdadero centro artístico, laboratorio de trabajo, cuyos miembros se complacen en vencer dificultades de técnica, de pose, de luz, y escuela de saber, de cultura y de buen gusto.

D. Francisco Ayerza, letrado de grande y merecida fama, era abogado consultor de la importante institución bancaria bonaerense el Banco Español del Río de la Plata, y el abogado de confianza en una gran parte del alto comercio español. En política figuraba en el partido radical intransigente, siendo enemigo de transacciones, acuerdos y componendas y habiendo rechazado cuantos ofrecimientos de cargos públicos, algunos

de alta significación, le habían hecho los gobiernos. Carácter entero, firme y leal, esclavo de su palabra, estaba convencido de que sus ideales políticos llevados con rectitud á la práctica habrían de ser los que proporcionarían el verdadero desarrollo comercial y la grandeza de su patria.

Fotografías de D. Hernán Cullén. - Con el estudio de la interesante viejecita, las naturalísimas actitudes, los detalles fisonómicos, la apropiada indumentaria y la tonalidad proporcional de la luz, ha dado muestras de ser un verdadero artista, conocedor á fondo de los secretos de la máquina y un operador pulcro y esmerado para hacer resaltar todas las bellezas, de conjunto y de detalle, de la modelo.

Trabajos como estos indican también el particular talento del fotógrafo en saber comunicar á la persona objeto del estudio su pensamiento y su idea, á fin de sacar de tal penetración el mayor provecho posible para la belleza y verdad de la obra. Este efecto lo ha conseguido á maravilla el Sr. Cullén, pues sus tres estudios son á cual más admirable.

Fotografías de D. W. A. Nicholson. - El busto del marino, tan bien estudiado como admirablemente detallado, de noble y vigorosa expresión, bastaría por sí solo para justificar el premio obtenido; pero además presentó al concurso otros estudios encantadores, dos de los cuales, los de la niña y el perro, demuestran, aparte de otras cualidades, una paciencia extraordinaria. Y lo mismo estas fotografías que las de la abuela y la nieta, portento de gracia, y la de la niña con el clavel, de una delicadeza sin igual, merecen entusiastas elogios por su naturalidad, por el buen gusto que su composición revela y por la perfección técnica que en su ejecución se admira.

Fotografías del Dr. D. Leonardo Pereyra Iraola. - Tiene indudablemente gran mérito tratar la naturaleza en campo abierto, sacando partido de un grupo de árboles, de un horizonte luminoso, de un efecto de luz, de una transparencia de agua, ó de un grupo de animales caprichosamente reunidos. Y resulta más meritorio todavía combinar todos estos elementos y obtener con ellos un hermoso paisaje que sea un verdadero cuadro por las bellezas de detalle y por lo artístico del conjunto. Estas cualidades ha sabido lograrlas el Sr. Pereyra, buscando algunos poéticos rincones apropiados para el caso en alguna de sus ricas y famosas estancias. Su exquisito gusto en la elección de asuntos y su dominio de la técnica le permiten obtener efectos tan bellos como los de las tres fotografías suyas que en esta página publicamos, en cada una de las cuales aparecen vencidas distintas dificultades.

Dadas estas ligeras explicaciones, sólo nos corresponde felicitar muy cordialmente á los vencedores y tributar desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el más entusiasta y sincero aplauso á la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados por el brillante triunfo que significa el mencionado concurso, digno coronamiento de la obra de cultura que ha acometido y que con tanto acierto y perseverancia ha llevado á cabo.

Buenos Aires. JUSTO SOLSONA.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BARCELONA. - *Salón París.* - Continúa este local destinado á la exhibición de producciones artísticas siendo uno de los medios utilizados por los pintores para dar á conocer las obras que realizan. En el espacio de algunos días hemos podido admirar varios grandes lienzos de flores, obra del distinguido pintor Ricardo Martí, frescos y jugosos, que producían la agradable impresión del natural, género especial en que tanto ha logrado singularizarse, y cuatro bonitos estudios de su aventajado discípulo Sr. Vidal Firmat, alguno de ellos muy recomendable.

El artista-poeta Ernesto Soler de las Casas, hijo del celebrado dramaturgo que escribió con el seudónimo de *Serafí Pitarrá*, y que hace algún tiempo permanecía inactivo, ha exhibido también varias obras, una de las cuales, representando un pollino y el busto de su conductor, resulta magistralmente ejecutada; cerrando la lista de expositores el estudioso artista y profesor de la Escuela de Bellas Artes Félix Mestres, quien ha aportado varias obras verdaderamente notables, recuerdo de su excursión veraniega á las islas Baleares, en las que se evidencian sus cualidades de observador y hábil artista, dignas

de aplauso y encomio por su castiza gama y esas tonalidades, reflejos del natural, resultado de concienzudos estudios de los grandes maestros españoles. De todos y cada uno de ellos nos ocuparemos particularmente si, como esperamos, podemos dar á conocer á nuestros lectores algunas de las obras á que nos referimos.

Círculo Artístico. - Se ha calificado como acontecimiento artístico la exposición que en estos momentos se halla instalada en el Círculo Artístico de esta ciudad de sesenta cuadros del merísimo pintor Eliseo Meifrén. Como saben nuestros lectores, no se trata de un artista novel; conocida es su ejecutoria y vulgarizadas sus aptitudes y especiales condiciones para el cultivo del arte que tanta gloria y provechosos resultados le ha reportado. El conjunto resulta un canto de gloria á la naturaleza, puesto que el pintor la representa y reproduce en todos sus aspectos y en toda su grandeza, con la variedad de formas y matices, poetizada acertadamente por la elección de los temas reproducidos. Las sesenta producciones constituyen igual número de magistrales estudios, que el pintor ha debido ejecutar venciendo dificultades y resolviéndolos en forma galana y cumplida, tan bella que cautivan sin incurrir en exageraciones, puesto que ferviente devoto de la verdad, ríndele culto por medio del caudal de su privilegiada inteligencia.

LIMA. - En el concurso internacional celebrado en Lima (Perú) para erigir un monumento á Bolognesi, ha sido aprobado el proyecto del notable escultor catalán Sr. Querol, á quien se ha encargado la ejecución del mismo. El premio consiste en 500.000 francos en oro, que se han disputado más de 400 artistas que han tomado parte en el concurso.

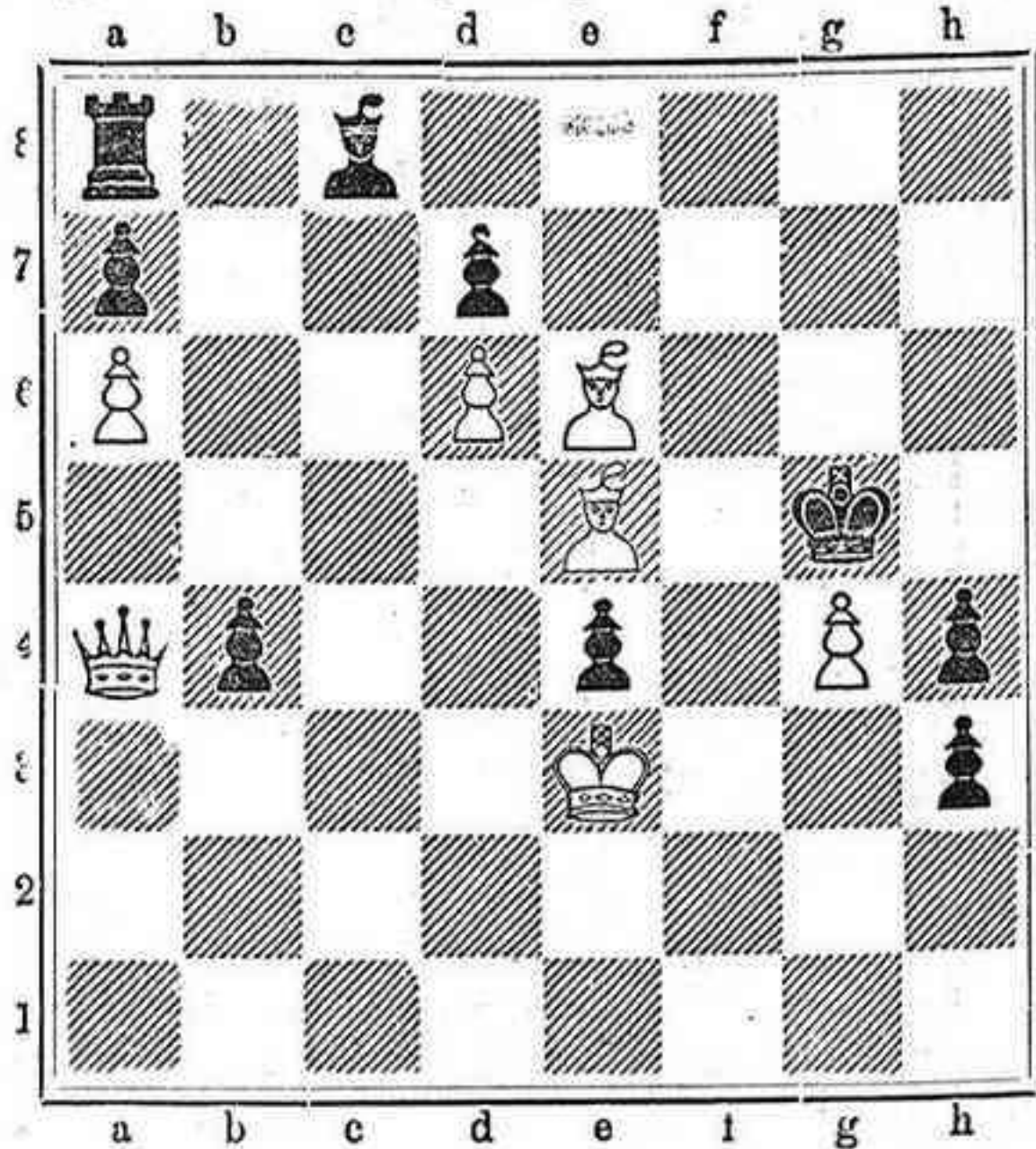
PARÍS. - El reputado pintor catalán D. Antonio Fabrés ha sido premiado con el diploma de honor en el *Salón lyonnais*, recientemente celebrado en París.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA tiene una verdadera satisfacción al poder consignar estos triunfos de sus distinguidos colaboradores y amigos Sres. Querol y Fabrés, á quienes felicita muy sinceramente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 278, POR E. R. JAMES.

Negras (9 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 277, POR N. SARDOTSCII.

- Blancas. Negras.
- 1. T a 5 - a 4. 1. Cualquiera.
- 2. T ó D mate.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- Efectivamente, contestó poniéndose encarnado hasta las orejas á la idea de que antes hubiera sufrido mil tormentos que confesar su escapada á casa del amigo Popinot.

Procurando entonces recobrar el valor que había sentido hervir en sus venas después del discurso de Guillermo, recitó de una tirada, cerrando los ojos:

- A propósito; alquilé el primer piso de la casa Maugrabin.

Y esperó el efecto de aquel «á propósito» discutible.

Como ningún trueno vino á turbar el silencio, Bucilly levantó los párpados y encontróse con una mirada de compasión algo triste fija en él. Beltrana pensaba: «Habría tenido algún ataque... Mi deber será cuidarlo; cumpliré con mi deber. ¡Hágase la voluntad de Dios!»

Y levantando la voz, le reprendió con más suavidad que de costumbre:

- Haces mal, amigo mío, en calentarte la cabeza con la idea fija de esa mudanza. No pienses más en eso; todo irá bien; apenas te darás cuenta de ello.

- ¿Es decir, que crees que estoy loco?, dijo Codoero sacando un papel del bolsillo. Cuando hayas leído este contrato, no tendrás tales temores.

La señora de Bucilly, limpiándose una gota de chocolate en la barba, leyó el contrato con la atención de una mujer acostumbrada á ocuparse en persona de sus asuntos. Después de haber comprendido el verdadero alcance de las cosas, la compasión cedió el puesto á una de las cóleras más violentas de su vida.

- ¡Cerca de la Muetel, exclamó ella. Lo que tú decías, en efecto. ¿Y á eso llamas *ver pisos*? ¿Estás seguro de no haber alquilado más que uno?

- Estoy seguro de otra cosa, dijo Codoero; de haber disminuído nuestros gastos.

Beltrana servaba su sangre fría. Lleno de sorpresa, el marido se acordaba de los consejos de Popinot. «Debí tener firmeza tiempo ha,» pensaba.

Pero su victoria le pareció menos segura cuando salió esta frase de labios de Beltrana, cuya sangre fría era terrible:

- ¿Quiere usted saber, señor mío, que es lo primero que voy á hacer dentro de un rato? Ir á casa de mi procurador.

- ¿Para un divorcio?, preguntó Bucilly, que perdió el tino al extremo de mostrarse irónico.

Beltrana se había levantado y llamaba á su cama-

ra. Metiéndose el papel en el bolsillo de la bata, contestó:

- Dios prohíbe el divorcio; pero no prohíbe la interdicción. Tengo el deber de proteger la fortuna de

blada, de aspecto desnudo y frío, toda la energía que le había infundido Popinot el día antes se disipó en un momento. El terror se apoderó de él, un terror más grande que todos los que había experimentado en su vida.

¡Interdicción! Esta palabra, que zumbaba aún en su oído, parecía ya impresa en su frente con caracteres de fuego. ¡Interdicción! Estas cuatro sílabas le habían hecho estremecerse siempre, porque lo mismo son el estigma del desenfreno que el estigma de la locura ó el certificado de la imbecilidad. Aquello fué una obsesión que no le abandonó en toda una semana, causándole tal trastorno que cayó enfermo. Repuesto de la indisposición física, pero más ansioso que nunca, echó mano del *Código puesto al alcance de todos*, que tenía en su biblioteca junto á la *Medicina en casa*, aunque Popinot le hubiese prohibido conservar este último, cuya lectura le hacía imaginar que padecía todas las enfermedades. ¿Se hallaba, acaso, en el «estado habitual de imbecilidad, con intervalos de lucidez,» mencionado como una de las causas con que se contenta la ley para la *Interdicción*?

¿Quién podía asegurarle lo contrario? El loco ignora que lo esté. En cuanto á los imbeciles, la experiencia le decía que la mayor parte se creen inteligentes. Además, ni uno solo de los imbeciles que él conocía hubiera firmado un contrato de alquiler sin hablar de él antes, un día y otro día, no sólo á su mujer, sino que también á sus amigos, hasta cansarlos. Su acto, ahora que lo consideraba á sangre fría, le parecía monstruoso, hasta confundirse casi con el acto de demencia. Con profunda pena descubrió una vez más que era incapaz de gobernarse en la vida, como se lo habían dicho sucesivamente su madre y su esposa. Por esto la interdicción en sí no le

repugnaba extraordinariamente. Era una salvaguardia definitiva contra las asechanzas que bordan el camino de un hombre honrado, como la elocuencia de un Maugrabin ó la fascinación de un pastel de perdices en un escaparate.

Ya se veía examinado por médicos, que palparían con sus manos frías las protuberancias de su cráneo. Se veía interrogado por magistrados, que desplegarían su malicia para hacerle hablar como un imbecil. Lefá, en su imaginación y en la promiscuidad vergonzosa del diario de anuncios legales *Les Petites Affiches*, el nombre de Bucilly, aquel nombre que



Levantóse y se acercó al retrato con los lentes en ristre

mi hijo. En cuanto al pillo que para hacer firmar sus contratos de alquiler se aprovecha de la flaqueza de espíritu de las personas, yo iré á verle y tendrá que haberse las conmigo. Si se niega á rescindir el contrato, yo me encargo de él. Ahora, déjame sola, pues ya debiera estar vestida.

La doncella acababa de entrar; Codoero salió, mejor dicho, huyó á toda prisa. Temía las disputas en general, pero las reconvenções que se le hacían en presencia de los criados - que eran muy frecuentes - le ponían enfermo de vergüenza y de indignación. Al volver á su cuarto, pieza oscura, mal amue-

figuraba al lado del de Luis XIV en su documento histórico. De su corazón quebrantado por la angustia, la oración de los días sombríos salía con un gemido: «¡Que este cáliz, oh Dios, se aparte de mis labios, si es posible!»

Codoero no salió en toda la mañana. Hubiera consentido en pesados sacrificios por no presentarse al almuerzo, en primer lugar porque no tenía apetito, luego porque preveía los ataques siempre combinados de su mujer y de su hijo. De su parte tuvo una agradable sorpresa. Evitóse toda alusión al Building, del mismo modo que, en un país de régimen absoluto, se guarda silencio sobre el motín de la víspera. Sin embargo, el señorito Carlos tenía en los labios una singular sonrisa. La aventura del alquiler, confiada por su madre una hora antes, le parecía prodigiosamente chocante. Después de haber tomado asiento en su *dog-cart*, su primera diligencia fué ir a visitar la casa de Maugrabin, que más tarde describió a su madre como la cosa más fea de París después de la torre Eiffel.

— ¿Y qué hacer para desembarazarnos de un compromiso firmado en papel sellado?, dijo Beltrana.

El joven se sonrió de un modo velado que quería decir: «¡Ojalá el papel sellado no me hubiese servido nunca para firmar cosas más graves que un contrato de alquiler!»

— En lugar de usted, continuó en voz alta, iría a ver al alucinado que levantó ese edificio, a decirle que no cuente con nosotros. Naturalmente, hablará de armarnos un pleito. «Caballero, le contestará usted; una mujer tiene mucha fuerza cuando debe dos trimestres de alquiler y cuando su mobiliario sirve de garantía para el anterior casero.»

Esta consulta, dicha con una flema casi británica, tranquilizó a Beltrana, que de ordinario no se asustaba fácilmente. Sin embargo, no podía tragar el golpe de Estado intentado por su marido al cabo de un tercio de siglo de sumisión. Conocía demasiado al culpable para no saber que le devoraba el terror, hijo del silencio. Deliberadamente hizo durar el castigo. Al cabo de una semana, durante la cual toda alusión a su crimen fué cuidadosamente evitada, el infeliz Codoero había acabado de enflaquecer y envejecido años. Por medio de un cautiverio voluntario, esperaba demostrar su arrepentimiento por lo pasado y sus buenos propósitos para el porvenir.

Cierta mañana, trazando su itinerario del día, la señora de Bucilly encontró que tenía un sermón de caridad en una capilla de Auteuil y una visita al locutorio de la Asunción. Entre uno y otra apuntó en su lista: *Maugrabin*, reservando un cuarto de hora para aquella «diligencia» que no le causaba ninguna inquietud. Como buena cristiana, tenía por divisa: «Nada temo; Dios está conmigo.» En este caso, tenía otro motivo para no temer nada, como había insinuado su hijo: el mal estado de su fortuna. En fin, tenía en sí misma esa fe que tal vez no transporta las montañas, pero que en ellas abre túneles.

Divisó de lejos el Building, cuya bandera flotaba al viento. Las tiendas con sus mostradores de caoba y cristales ostentaban ya sus géneros. Arriba de todo, unas cortinas blancas revelaban la presencia del hombre. Lo demás estaba desierto, salvo que la palabra *alquilado*, puesta con ostensible orgullo detrás de los cristales del primer piso, anunciaba una instalación próxima, la instalación de los Bucilly.

«Allá veremos», pensó Beltrana, más resuelta que nunca después de haber contemplado la casa.

El lacayo preguntó:

— ¿Está en casa el Sr. Maugrabin?

A esta pregunta, el conserje contestó con otra:

— ¿Tiene usted una tarjeta?

Aunque estaba acostumbrado a toda clase de impertinencias, el criado de Beltrana salió impresionado y al mismo tiempo curioso de ver «la cara que iba a poner la señora», al verse tratada como una cualquiera. Debió sorprenderle la tranquilidad de su ama, que se sentía en una región desconocida en que el viajero no debe ya contar con los usos y costumbres de la civilización.

Dió su tarjeta, y el ascensor subió como un coheite. Minuto y medio después, el *elevator boy*, de vuelta del sexto piso, vino a la portezuela del cupé con una contestación afirmativa. Al sentirse elevada por los aires, Beltrana palideció ligeramente. Pero antes hubiera muerto que confesar su terror. Ni los rasgos de su fisonomía, ni los pliegues de su vestido acusaron el menor desorden cuando entró en el salón, en el umbral de cuya puerta Maugrabin le tendió la mano con una sonrisa de benevolencia.

— ¿Cómo sigue usted?, le preguntó.

— Caballero, contestó ella con altivez, en toda mi vida he estado enferma un minuto.

Al aspecto de aquella gran señora, de fisonomía acentuada, no muy bella, pero imponente y de ade-

manes intrépidos, Pascal se hallaba más regocijado que asustado. Reprochaba a las francesas el ser demasiado melindrosas, y en justicia, no podía decirse que aquella se le anduviese con melindres. Sentóse la señora de Bucilly en un sillón de caoba, frágil en la apariencia, tapizado de una tela sin igual, por su dibujo y color, aquende el Océano. La misma caoba había servido para la construcción del mobiliario, cuyo adorno y forma contemplaba con ingenua desesperación Beltrana, que pretendía ser inteligente en la materia.

Imposible fijar en cosas tan extrañas el número de un siglo ó la estampilla de una nación. Ni Napoleón ni Enrique II, ni Tokio ni Pompeya hubieran podido reivindicar la menor parte en la inspiración de aquel estilo. En una persona acostumbrada al Arte tal como lo entiende nuestra época, es decir, a una docena de rutinas sucesivas, soldadas por los extremos durante dos docenas de siglos, aquel salón producía el efecto de un capirotazo en la nariz de un juez.

Los cortinajes se reducían a ligeras tiras de telas en los marcos de las ventanas y a *portiers* sin elevación ni anchura. El temor americano del fuego y de los microbios se manifestaba en todo. Pegadas a la cornisa, en torno del techo, las lámparas eléctricas, durante el día, semejabán setas alineadas.

En materia de pintura, Maugrabin caía, sin embargo, en la vulgaridad, rindiendo culto a los dioses de las demás naciones. Varios lienzos, únicos adornos de las paredes, debían ser cosa buena, a juzgar por los reflectores destinados a inundar de luz los marcos. Para una de aquellas pinturas, cubierta de cristal a la moda inglesa, semejante distinción había parecido insuficiente. En una placa dorada podía leerse la explicación del asunto, la mención de lo que el lienzo había costado, el nombre del pintor, vivo todavía, pero pasado de moda después de haber hecho fortuna. Maugrabin, según la dirección de la mirada de Beltrana, muda de asombro, le dijo con evidente satisfacción:

— Supongo que mi Bouguereau le gusta.

La señora de Bucilly experimentaba la necesidad de castigar al malhechor que tenía delante, y contestó con una sonrisa francamente burlesca:

— No miro el cuadro, sino la etiqueta. A nosotros nos gusta que el precio de las cosas se adivine por su calidad.

— ¿De veras?, dijo Pascal sonriendo a su vez. Si envía usted bombones de chocolate a una amiga, cuidará de que el saquito lleve la etiqueta de un fabricante que venda caro, a fin de que no se dude del valor de su regalo. Usted hará con sus bombones lo que yo con mi cuadro, según costumbre frecuente en América.

— La iniciación en el Arte apenas empieza entre los americanos.

— Convengo, señora, en que la décima parte de las personas que vienen a Francia son capaces de determinar, a simple vista, si un cuadro ha costado quinientos francos ó quinientos luises. Las demás se encuentran en una situación embarazosa, sin saber qué decir, temiendo ensalzar un mamarracho ó mostrarse indiferentes ante una obra maestra. La idea de evitarles semejante apuro es demasiado sencilla para ser admitida en Francia.

— Tenga usted la bondad de no criticar a mi país.

— Pero, señora, si yo soy francés, francés de Marsella. Hasta dicen que he conservado el acento. Por consiguiente, tengo derecho a hablar de Francia con usted, sin herirla en su patriotismo.

— De todas maneras, le alarma usted con el entusiasmo que se manifiesta, hasta en su arquitectura, por todo lo ultramarino.

— Mi entusiasmo es gratitud. ¿Conoce usted muchos países donde un pobre diablo de muchacho, que parte con su madre viuda, en una expedición de emigrantes, pueda hallar una instrucción pasable y hacer honradamente su fortuna en menos de medio siglo?

— ¿Cuánto vale usted, Sr. Maugrabin? Creo que así es como se expresan sus amigos los yanquis. ¿Es indiscreta mi pregunta?

Sin hacer caso de aquella impertinencia voluntaria, Maugrabin contestó:

— En manera alguna, pues la primera agencia de Wall Street le telegrafiaría: *A. 1. — Three Million Dollars*. En América, no es más que una fortuna mediana; pero es suficiente, en Francia, para mí y para mi hija.

— ¿No tiene usted ningún hijo varón?

— No; no tengo más que una chica. Tenía yo un sobrino, que consideraba como a un hijo, pero hizo la calaverada de marcharse. Rompí con él toda relación y no podría decir a usted si a estas horas vive ó no.

La señora de Bucilly coordinaba aquellos detalles en su mente, con un interés poco explicable en una persona que había ido a romper un contrato de arrendamiento estipulado por sorpresa. Acababa de descubrir, sobre un caballete excesivamente dorado, el retrato de una morenita, vestida con un lujo exagerado, pero sin trazas de estar pagada de sí misma. Levantóse y se acercó al retrato con los lentes en ristre.

— Pensé que era su hija...

— Claro está que es mi Pascualina. ¿Quién quiere usted que sea?

— Como lleva diamantes...

— Es lo que me decía el Sr. Carolus: «Si le pongo diamantes, la tomarán por una señora casada.» A lo cual yo contesté: «Sr. Carolus, póngalos usted, puesto que son suyos. Si no, cuando haya encontrado un marido, tendré que molestar a usted por las joyas. En América, toda mujer, casada ó soltera, saca a lucir sus diamantes como saca a lucir sus ojos, cuando tiene la suerte de tenerlos bonitos.» ¿No contesté bien al pintor?

— Tanto más, cuanto es de suponer que no hubiera usted tardado en tener que molestar de nuevo al «Sr. Carolus.»

— ¡Oh! Eso es cosa de Pascualina. Educada enteramente a la americana, ¿sabe usted? Que me traiga un duque ó un empleado de comercio, con tal de que sea un hombre honrado, les diré: «¡Buena suerte!» Aunque, a decir verdad, yo preferiría un duque.

La señora de Bucilly seguía coordinando, mostrando cada vez mayor interés.

— Sr. Maugrabin, dijo después de una pausa, tendría mucho gusto en que me presentase usted a la señorita Pascualina.

— El gusto será mío, contestó el padre acercándose a un diminuto teléfono que ponía en comunicación unas con otras las diversas piezas del vasto piso.

Después de haber llamado en varias direcciones por medio de diferentes clavijas, entabló un corto diálogo en inglés.

— Pascualina va a venir, anunció el padre dejando el aparato.

Un minuto después, la muchacha abrió la puerta.

— Señora de Bucilly, mi hija. Hija mía, la señora de Bucilly.

Terminada esta breve presentación, Pascealina alargó la mano y sentóse con naturalidad.

Llamaban la atención en ella, desde luego, sus cejas negras, gruesas y arqueadas, que sin lo pronunciado de su curva hubieran dado una expresión de dureza al rostro. Los cabellos, más finos de lo que suele acontecer en las morenas, se alzaban como una diadema sobre una frente despejada, y acompañaban las sienes en una semicircunferencia casi regular. Este peinado, que tanto gustaba a nuestras abuelas, dejaba al descubierto la oreja, pequeña y sonrosada; la mejilla, de sobrio contorno, y ese arranque del cuello algo largo, propio de las mujeres de raza. La nariz, más bien romana que parisiense, indicaba fuerza de voluntad y servía de transición entre la dulzura de la mirada y la firmeza de la boca, de pureza y precisión de dibujo, que revelaba, en reposo, un matiz de obstinación tranquila. Un cutis fino, un color de irlandesa, acababan de dar a aquel rostro más bien lo necesario para seducir que la seducción misma, a causa del carácter algo inmaterial de la cabeza, pequeña y altiva. A los ojos de un hombre ordinario, Pascualina había de resolverse a pasar por una beldad fría; pero un poeta no hubiera podido verla sin imaginarse la transfiguración que aquella fisonomía podía experimentar a ciertas horas, del mismo modo que, al pie de una colina castamente besada por rayos lunares, el viandante se figura el efecto de un sol luminoso en la verdura de los pámpanos, el oro de las mieses y el rojo de los tejados.

Beltrana, naturalmente, se había detenido poco en escudriñar el eterno enigma de un rostro humano. Examinaba ya el traje a la inglesa, cortado en el mismo Londres, no muy bonito, pero de un estilo inimitable, bien llevado, cosa más difícil de lo que cree la generalidad de las mujeres. Un cuello y unos puños de lienzo almidonado hubiesen dado al traje un sello de sencillez puritana, sin una corbata de hombre, de color granate vivo, que la desmentía en el conjunto. ¡Ay!, el anillo demasiado rico que sujetaba la corbata hizo fruncir las cejas a Beltrana. En resumen, la muchacha, sin disgustarla en absoluto, la inquietaba por el carácter no convencional de su persona. «Un poco provinciana», pensó la viuda, que no había viajado más que por Suiza. «Un poco extranjera», hubiera podido decir con más acierto. Pero observándola bien, hubiera encontrado que la nota extranjera de la persona física salía de dentro, que procedía de la manera *extranjera* de pensar, de

querer y de sentir, que distinguía á Pascualina de una muchacha francesa de su edad.

— Los Sres. de Bucilly vienen á vivir en el primer piso del Building, anunció Maugrabin á su hija.

Beltrana hizo un vivo movimiento de párpados, pues había venido precisamente para intimar su resolución de no habitar el Building. A la noticia dada por su padre, Pascualina contestó algo distraída:

— ¡Ah!, ¿sí?

Molestada por aquella indiferencia, y quizá también porque no quisiese entrar todavía en el fondo de la cuestión, la señora de Bucilly dijo:

— Parece que los asuntos paternos no la interesan á usted mucho.

— Mi padre no me habla jamás de sus asuntos, señora.

— ¿Pues de qué hablan ustedes, cuando están juntos?

— De todo..., excepto de negocios. Hablamos de música, de pintura, de viajes, de política, de teatros...

— ¿Van ustedes con frecuencia al teatro?, preguntó Beltrana, fatalmente impulsada á la pregunta típica de toda conversación, entre los habitantes de París.

— ¿Cómo quiere usted que pueda ir con frecuencia?, dijo el padre. Ya sabe usted las cosas que se representan en nuestros teatros.

— Creí que su hija de usted estaba educada á la americana.

— Efectivamente, es decir, sin mojigatería, pero con un profundo respeto de sí misma, correspondiente á una gran libertad.

— Paciencia, señorita. Cuando sea casada, podrá ver todo lo que se ponga en escena.

— ¿Verlo todo?, repitió la muchacha abriendo desmesuradamente los ojos. Pero, señora, si mi marido me llevase á verlo todo, dejaría de amarme, puesto que le habría perdido el concepto.

Beltrana pensó que la hija de Maugrabin y su Building distaban igualmente de los modelos franceses. Mientras tanto, se prolongaba la visita. La señora de Bucilly escuchaba un poco y reflexionaba mucho. La resolución que se trataba de tomar era muy seria. Por último, dijo:

— Sr. Maugrabin, no quisiera disgustar á su encantadora hija hablando á usted de negocios en su presencia. Sin embargo, debo decir á usted cuál era el objeto de mi visita. Según el contrato de alquiler, debemos entrar en la casa de usted el 15 de abril. Pero puesto que el piso está desocupado, supongo que nos autorizará usted á venir antes.

— ¡Pero, señora, vengan ustedes hoy mismo, si les place!

— Mi tapicero pondría inconveniente. Pero cuento instalarme muy pronto, y tendré mucho gusto en que usted y la señorita Pascualina vengan á vernos antes de la mudanza.

— ¡Toma! ¡Cortesía por cortesía!, dijo Maugrabin. Si que iremos.

«¡Esa gente se imagina que vine á rendirles homenaje!,» pensó Beltrana mientras el ascensor parecía huir rápidamente bajo sus pies.

Y no tuvo tiempo de pensar más, pues se encontraba ya en el vestíbulo, donde hacía una hora que su criado la esperaba. Pronto corrió el cupé hacia un gran club, donde, en aquel momento del día, Norberto Leroy acostumbraba dormir la siesta.

VII

El *Sibarita* vino á la portezuela, asustado de aquella entrevista como de un chubasco que se nos viene encima. En sus ojitos de puerco espín brilló una vaga irritación, mientras preguntaba:

— ¿Qué ocurre, señora? ¿Me ha mandado usted á llamar?

Beltrana, que le conocía bien y que no por eso dejaba de quererle, contestó con una sonrisa irónica:



Pascualina Maugrabin

— No se alarme usted. Nada desagradable ocurre para usted..., ni para mí. ¿Puede usted subir? Hablaremos un momento mientras que mi caballo irá al paso.

Norberto se sentó á su lado y ella le preguntó:

— ¿Sin duda está usted enterado por Carlos de nuestra mala situación de fortuna?

— Sí; se mudan ustedes. Parece que Bucilly ha alquilado una casa grotesca. Contaba usted ir á ver al casero. Y como ha dicho Carlos: «Sin conocerle, le compadezco si quiere aguantárselas con mi madre.»

— Acabo de dejar á Maugrabin; por esto he querido ver á usted.

— ¿El asunto no queda arreglado?

— Vengo á pedirle que influya en Carlos para que sea amable con esa muchacha.

— ¡Diantre! ¿Es algún ángel de fealdad?

— Todo lo contrario; pero un ángel de preocupaciones, lo que me asusta mucho más.

— ¡El caso es que si lleva la preocupación al extremo de querer encontrar en el hijo lo que usted encontró en el padre!..

— Preveo, continuó Beltrana sin contestar, que querrá casarse por amor.

— ¿Ha sido educada entre pieles rojas? Pero no importa; en cuanto Carlos la haya saludado tres veces en la escalera, la conquista de los quince millones es segura, porque la muchacha se habrá enamorado de él.

— ¡Dios le oiga á usted! Pero querrá que Carlos esté enamorado de ella.

— Eso ya será algo más difícil. A partir de esta misma noche, voy á enseñar á su hijo de usted cómo se las tiene que arreglar para hacer creer á una colegiala que muere de amor por ella.

— Está usted en un error, señor mío. La colegiala en cuestión acaba de llegar de América, donde ha pasado toda su vida. A primera vista, Carlos tendrá miedo, pues es demasiado inteligente para no ver que se trata de una persona que vale. Lo que hace falta, lo que á usted suplico, es que le convenza de la necesidad de que se entregue en cuerpo y alma á la conquista de la americanita. Nuestra salvación está en ese matrimonio. La existencia tiene sus deberes. Usted puede hacer que Carlos realice mi proyecto.

— Si yo fuese Carlos, la señorita... como se llame, sería mi mujer antes de la Cuareisma.

— No pido más, contestó Beltrana satisfecha de sus negociaciones de aquel día.

Ella y el *Sibarita* se separaron.

Al día siguiente, Codoero, ignorante de lo que precede, iba á pie por el bulevar Haussmann. No se atrevía á subir al tranvía que va á la Muette, porque, en su conversación, Maugrabin le había dicho que frecuentaba mucho aquella línea. La idea de encontrar

trase con aquel hombre, enterado sin duda de la ruptura de los compromisos firmados entre ambos; la idea de los reproches, de los insultos quizá, que podían brotar de los labios del marsellés furioso, en presencia de los viajeros regocijados; la convicción de que tal afrenta, no por ser merecida, sería menos horrorosa, todo eso causaba al desdichado Bucilly un terror continuo.

Acostumbrado á ver los acontecimientos girar en torno de él con una abrumadora regularidad, la catástrofe se le aparecía como inevitable. Tarde ó temprano tenía que tropezar con su enemigo. El accidente sobrevino aquel mismo día. Maugrabin venía hacia él; pero aún se hallaba á unos doscientos metros y no parecía verle. Codoero viraba en redondo cuando vio llegar á Popinot por el lado opuesto. «Popinot va á detenerme, pensó, y el otro me va á alcanzar. No quiero que mi

mejor amigo sea testigo de mi humillación, y mucho menos cuando dirá que yo me tengo la culpa.» Colocado entre dos fuegos, la vista de una mujer descolada y sonriente le sugirió un medio de salir del paso, porque la mujer era de cera y enseñaba su escote en el escaparate de una peluquería.

Codoero se precipita en aquel asilo abierto á todo el mundo; le señalan un sillón y él se apresura á tomar asiento. Como se necesita un pretexto para ocupar un sillón, lo mismo en una peluquería que en la Academia, el refugiado pide un «shampooing.»

(Continuará.)



— ¿Qué ocurre, señora? ¿Me ha mandado usted á llamar?

— Al contrario; nos trasladaremos á su casa lo más pronto posible.

— ¡Hombre! Entonces Bucilly no ha hecho ningún disparate. ¿Le gusta á usted el piso?

— No le he visto siquiera.

— Entonces, no comprendo...

— Va usted á comprenderlo todo. La casa es grotesca, como usted ha dicho; y no lo es menos el que la ha construido. Pero tiene quince millones y una hija única. Seremos vecinos.

— Y los muchachos se encontrarán en la escalera. Es usted muy hábil. ¿Viene usted ya á suplicarme que sea testigo de la boda?

ALGUNOS EXPERIMENTOS AERONÁUTICOS

Mr. Wilbur Wright, de Dayton (Ohio), ha leído últimamente una interesante Memoria ante la Sociedad de Ingenieros, titulada «Algunos experimentos aeronáuticos», la cual ha sido publicada después en el Diario de aquella ciudad. La atención de Mr. Wright se fijó en el estudio de los problemas aeronáuticos algunos años hace, y su activo interés data desde la muerte de Lilienthal en 1896. Los experimentos de Pilcher y Chanute estimularon también a Mr. Wilbur y Mr. Orville Wright a practicar varios ensayos en 1900, los cuales se efectuaron a la orilla del mar en la Carolina del Norte. Estos señores tuvieron bastante audacia para intentar cosas que ni Lilienthal, ni Pilcher, ni Chanute osaron hacer, pues se sirvieron de superficies mucho mayores en extensión que las que hasta entonces se habían considerado seguras, y alcanzaron muy notables resultados. El plan de los Sres. Wright era deslizarse desde las cumbres de las colinas de arena, pues parecía razonable creer que si el cuerpo del operador se pudiera poner en posición horizontal en vez de estar derecho, como en las máquinas de Lilienthal, Pilcher y Chanute, la resistencia del viento se reduciría muy considerablemente, puesto que sólo se opondría un pie cuadrado en vez de cinco; y como por este cambio se ahorra medio caballo de fuerza, trataron de probar esta innovación. La primera máquina tenía un área de 165 pies cuadrados solamente, y se ensayó primero como cometa, obteniéndose así datos de positivo valor; después se fijó la atención en tomar una serie de medidas sobre la elevación y velocidad de la máquina bajo varios pesos. Los resultados fueron asombrosos, pues vióse que la resistencia opuesta, llevando en el aparato 52 libras de peso, era menor que la que se encontraba antes tan sólo para el marco.

La atención de los experimentadores se fijó en una pequeña colina, desde cuya cumbre se proponían deslizarse, y que se elevaba a más de cien pies sobre el terreno llano, siendo su declive de diez grados de inclinación. Colocado el operador en posición horizontal, y soplando el viento con una velocidad de 14 millas por hora, se deslizaron doce veces en sesenta minutos; dos ayudantes pusieron en movimiento la máquina, y ni ésta ni el operador sufrieron el menor daño. El dominio del aparato fué aún más fácil, pues respondió al menor movimiento del timón. Con esto terminaron las pruebas del año 1900. La nueva máquina para 1901 era exactamente igual a la anterior, en cuanto a la teoría y el modo de operar; pero su fuerza de elevación se aumentó desde 165 pies cuadrados a 308, aunque nunca se había juzgado posible dominar una máquina tan grande. Se levantó una construcción especial para guardar el aparato; y un gran número de aficionados marcharon al Sur para presenciar los experimentos, que comenzaron soplando el viento con una velocidad de 13 millas por hora.

que se había evitado uno de los mayores peligros de las máquinas con colas horizontales, por el uso de un timón colocado de frente, y los operadores escaparon de posiciones que habían sido muy arriesgadas en los anteriores experimentos. En otros que siguieron, la máquina, con su nueva curvatura, no dejó nunca de responder muy pronto a los menores mo-

veces vemos en las inmediaciones de las aglomeraciones urbanas.

El vagón boer se compone de un carro construido de peral salvaje, de 6'20 metros de largo por dos de ancho, cubierto por una baca de tela que descansa sobre unos cercos. Los radios de las cuatro ruedas son de acacia. Delante del carro hay un cofre y detrás ó en uno de los lados hay un tonel constantemente lleno de agua. Del fondo del vehículo pende una jaula de gallinas y en el interior se ve una especie de lecho de cuero colgado por medio de cuerdas. Las llantas de las ruedas tienen 15 centímetros de ancho y los aros de hierro tres centímetros de grueso. El peso de un vagón es de tres toneladas y su precio es de unos 3.000 francos; su duración es de unos cuarenta años; la carga que un vagón bien acondicionado puede llevar al través del *veld* se calcula en cuatro toneladas de peso.

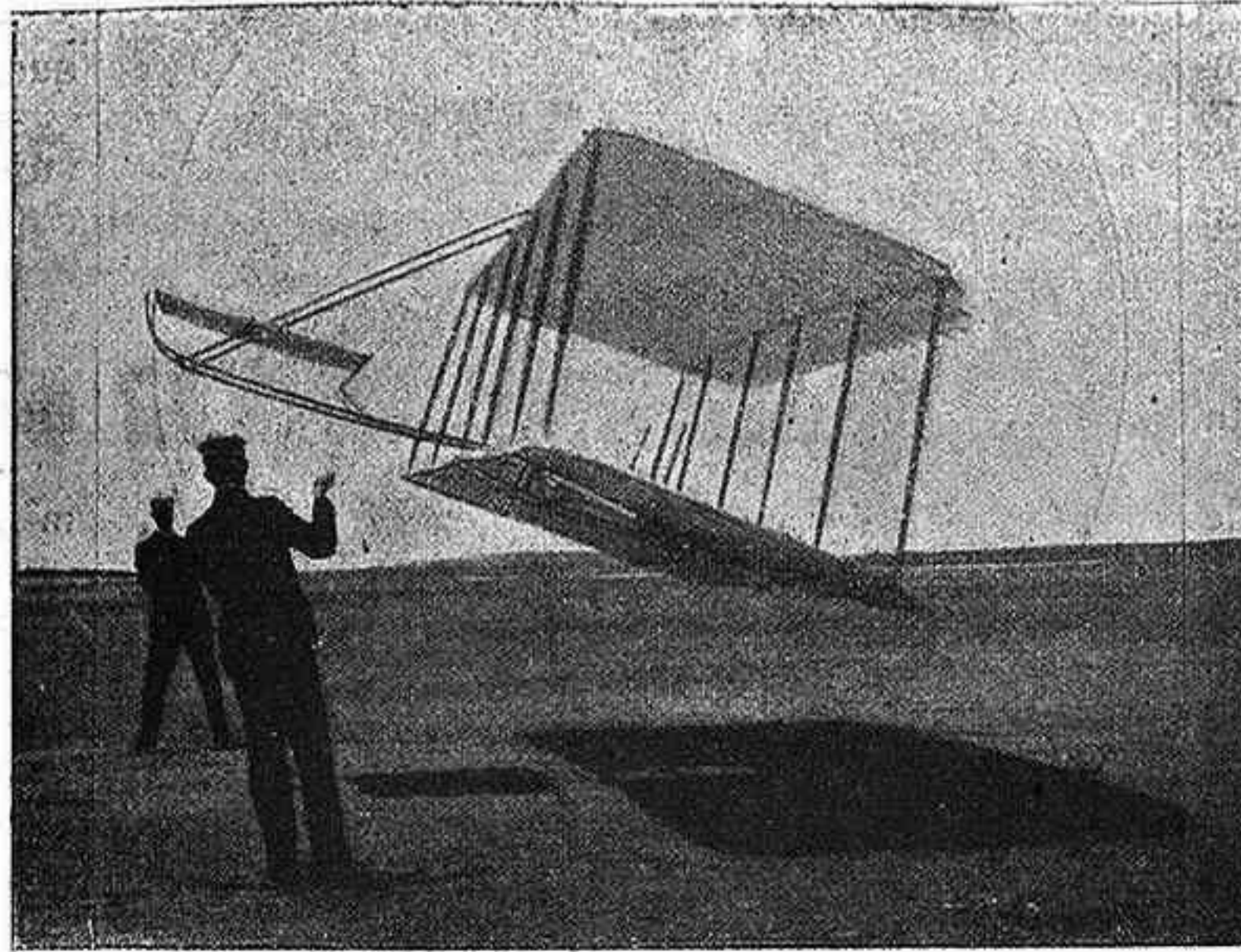
El tiro se compone habitualmente de 18 bueyes enganchados por parejas (*span*), cada una de las cuales vale de 500 a 800 francos y á veces hasta 1.000. Los animales son bueyes (*african oxen*) que ordinariamente andan al paso, pero que pueden tomar el trote cuando desempeñan un servicio de correos. Van enganchados por medio de una cadena de 21 a 22 metros que arranca del timón, y al engancharlos se procura intercalar las parejas jóvenes entre dos pares de animales adiestrados. Sus conductores los designan con nombres como *frenchman*, *englishman*, etc., y les dirigen frecuentemente la palabra.

Para guiar uno de estos tiros bastan dos ó tres hombres: el más importante por sus funciones es el *drawer* ó conductor que guía los animales sentado en el pescante del carro y tiene como ayudante al *fore-looper*, criado hotentote que guía especialmente los dos primeros bueyes, y á veces otro muchacho.

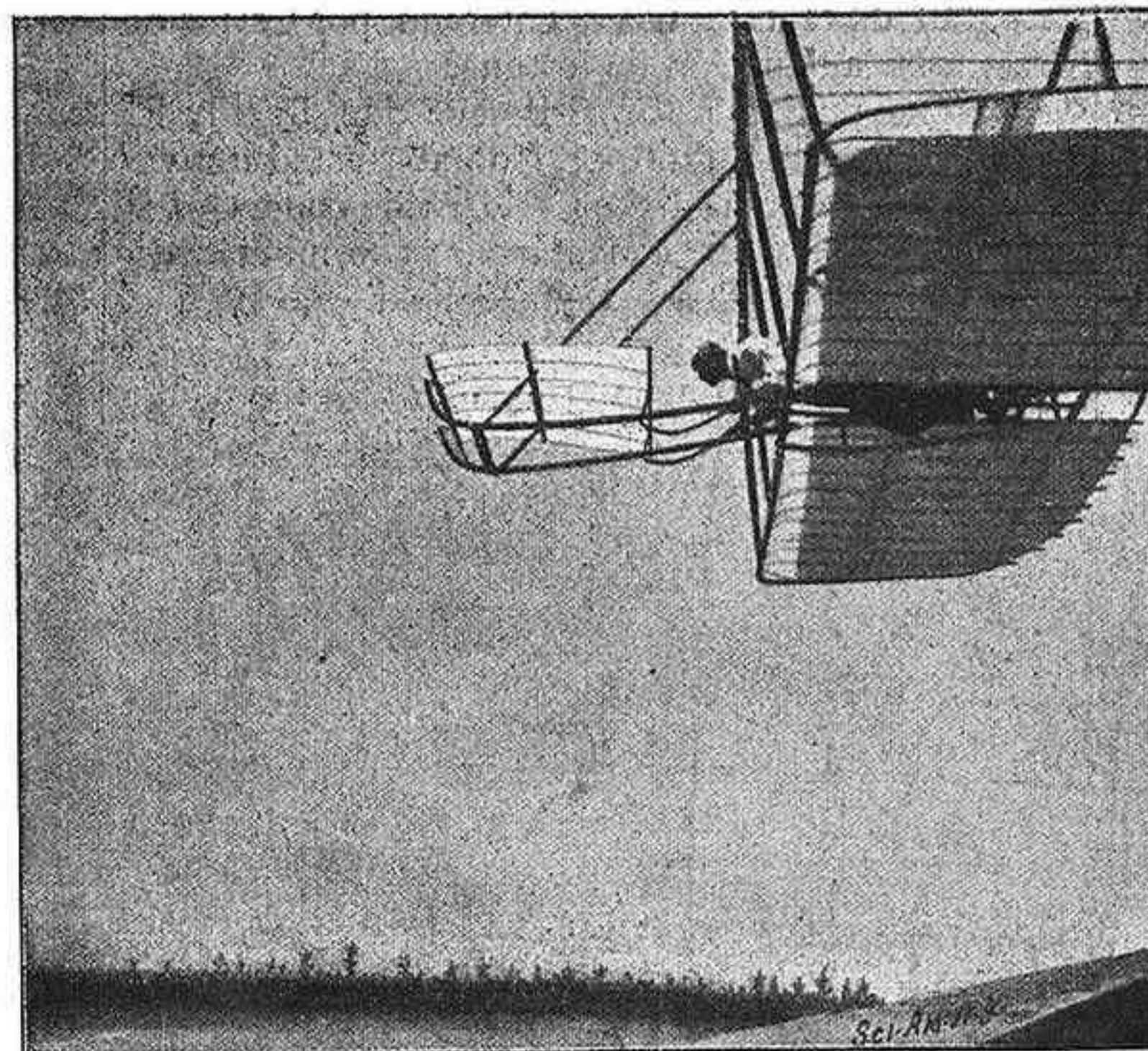
El *drawer* va armado de un látigo de piel de hipopótamo, flexible en su extremo más delgado y de dos metros de longitud, que le sirve para fustigar á los animales de varas; para fustigar á los demás emplea un látigo mucho más largo (pues tiene una longitud de quince metros) con mango de bambú, hecho de piel de jirafa y con la trencilla de piel de antilope. El peso de este instrumento es de cinco kilogramos y su precio de coste es de 15 chelines.

Los conductores de carros son á veces tan diestros en el manejo de esta gigantesca fusta que, según me contaba el boer que me ha proporcionado todos estos datos, decapitan al paso, de un latigazo, una perdiz oculta en la hierba, ó quitan un tapón colocado sobre una botella sin tocar el cuello de la misma.

Para enganchar, los mozos se colocan en el brazo los 18 collares, y llamando á cada buey por su nombre, se los colocan y cuidan luego de aparejar los animales. Con un personal práctico, bastan siete minutos para enganchar y cinco para desenganchar, lo cual explica la asombrosa rapidez con que los boers pueden levantar el campo al aproximarse el enemigo y desaparecer en cuanto se señala su presencia.



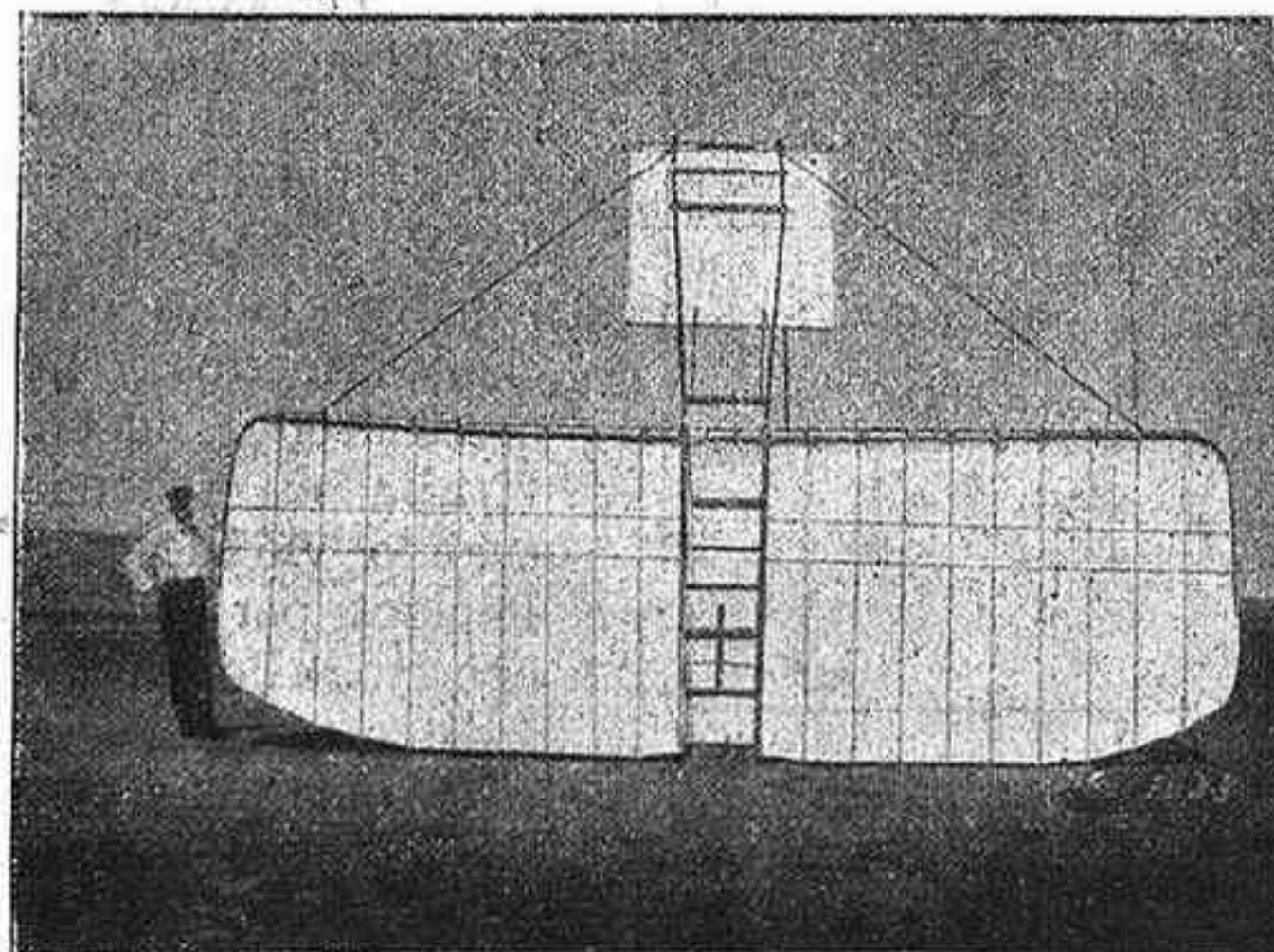
La máquina aérea de Mr. Wilbur Wright en el aire



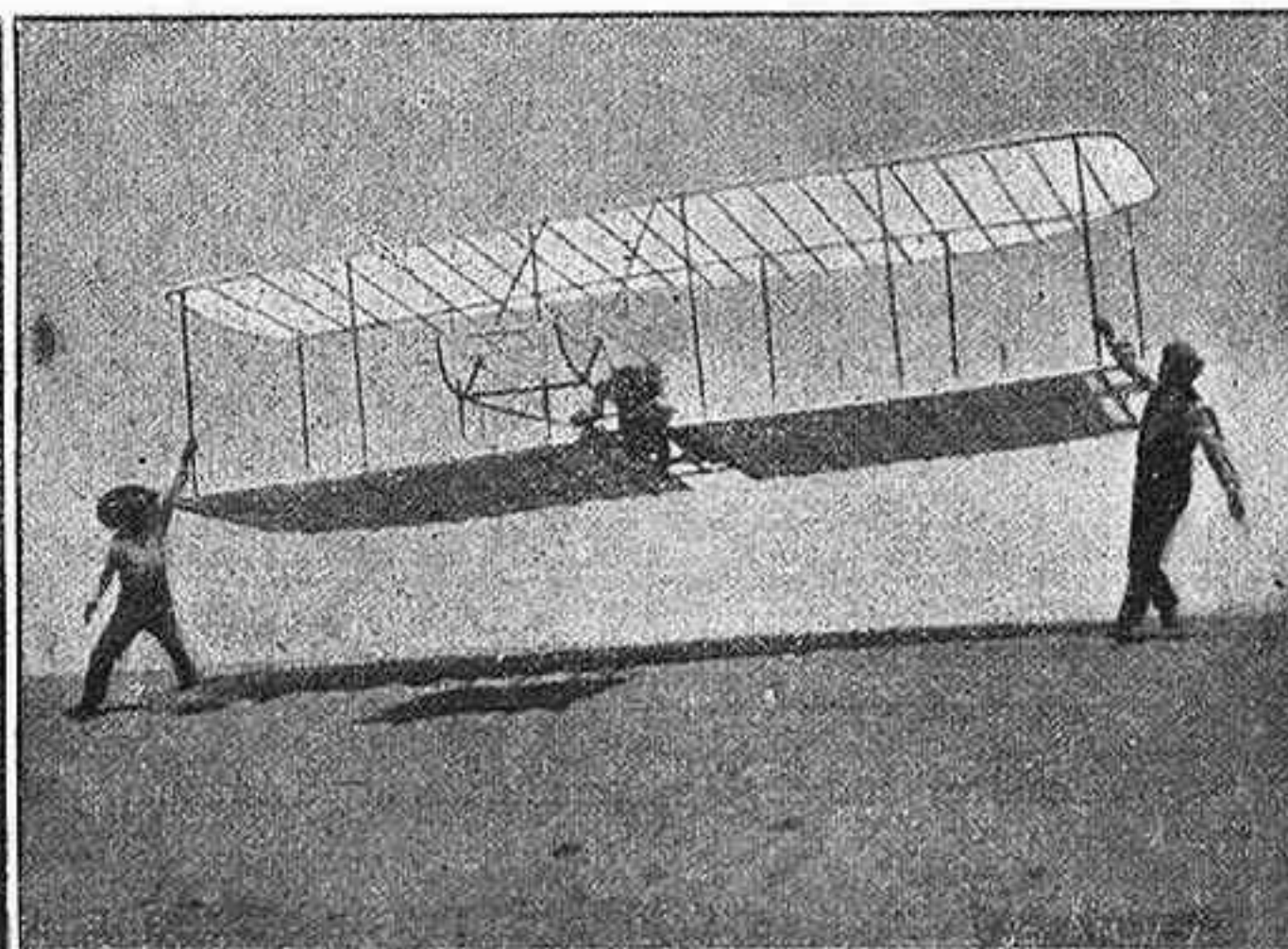
La máquina remontándose

VAGONES BOERS

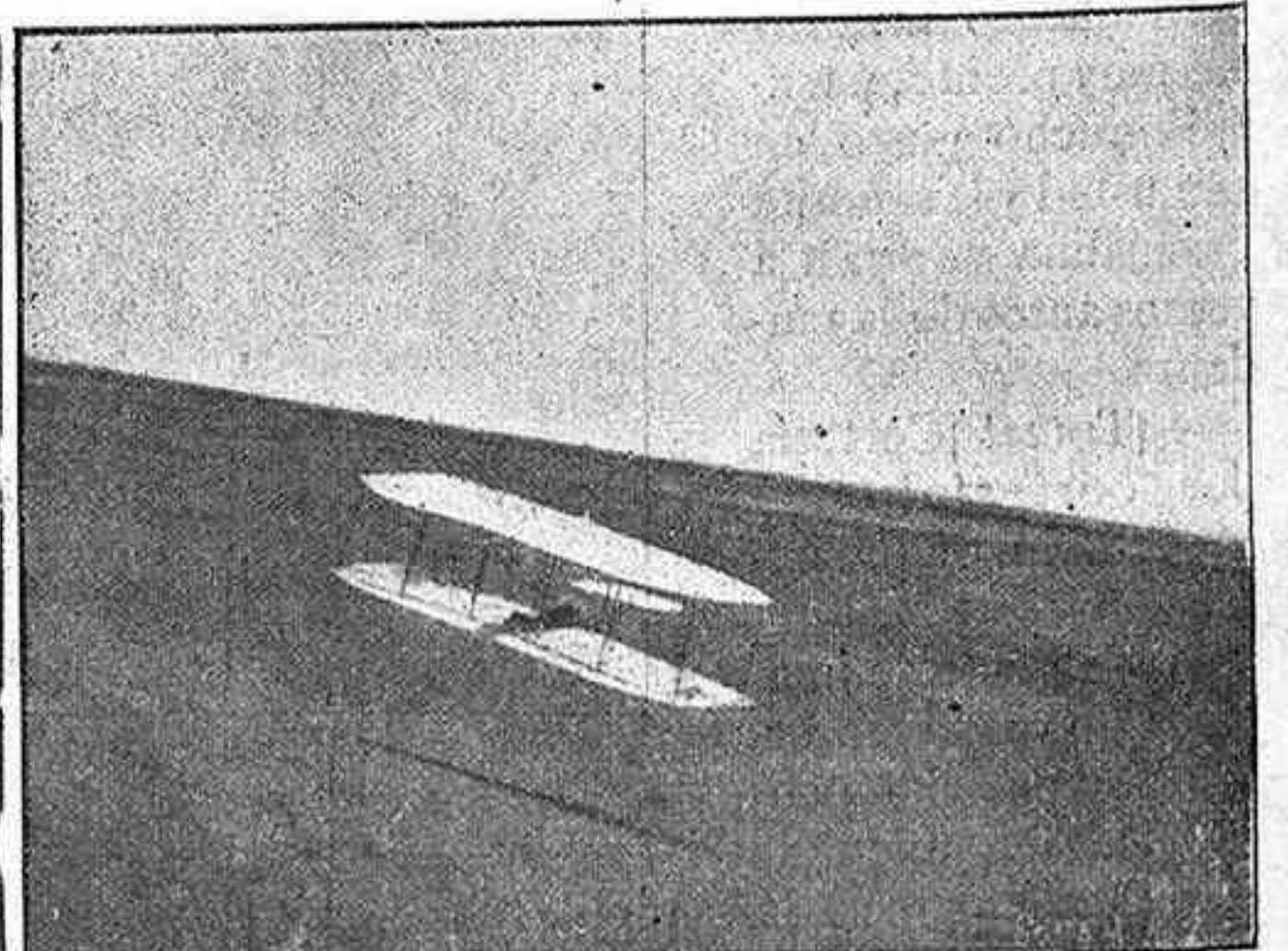
Desde que los múltiples episodios de la campaña del Transvaal han atraído en tan alto grado la atención del público, éste ha debido familiarizarse con una porción de nombres más ó menos extraños que nunca había oído pronunciar. Wagón, laager, kopje, trek, river, etc., son vocablos que se leen de conti-



La máquina en tierra



La máquina en el momento de emprender el vuelo



La máquina deslizándose por el aire

Los operadores se deslizaron varias veces para buscar el centro de gravedad de la operación, y la máquina se elevó ondulado á poco más de 300 pies de altura. Para los espectadores, esto último significaba un buen resultado; mas el operador vió que se había necesitado toda la fuerza del timón para evitar que la máquina cayese á tierra ó que se elevase á demasiada altura. Las pruebas demostraron también

nuo en las noticias de la guerra, y si el lector adivina á veces el sentido de los mismos, se forma más difícilmente idea exacta de las cosas que representan.

La palabra *wagon* (pronúnciese *uas-gon*), que tan gran papel representa en esta lucha, no es, como se creía en un principio, un carruaje de ferrocarril, sino simplemente un carromato, un furgón, algo así como uno de estos vehículos de bohemios que á

Cuando un campamento ha de quedar establecido durante algún tiempo, se toma la precaución de rodearlo de una valla de mimosas espinosas para ponerlo al abrigo de las fieras y de los merodeadores. Los bueyes de tiro son siempre desenganchados, dejándolos en libertad, excepción hecha de los de varas, que permanecen sujetos á la cadena.

LUCIANO JACQUOT.

FERROCARRIL DE HANOI EN CHINA

INAUGURACIÓN DEL GRAN PUENTE METÁLICO

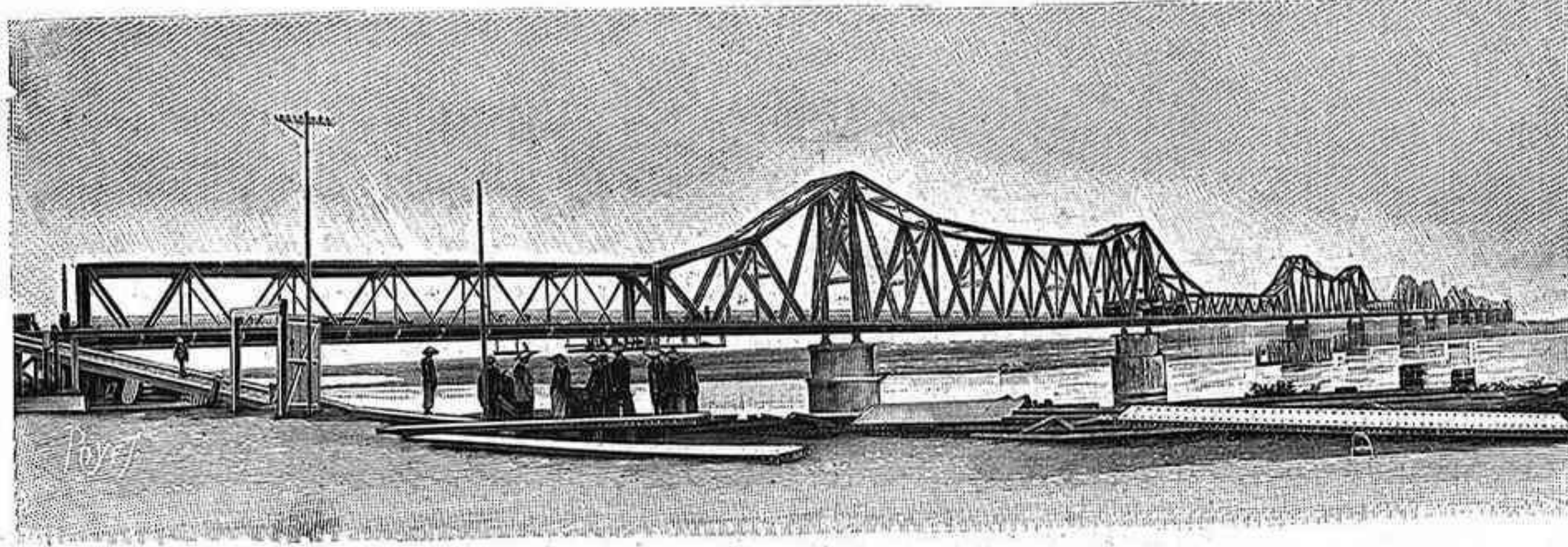
A fines del mes de febrero último se realizó en la colonia francesa del Tonkín un acontecimiento de la mayor importancia, así desde el punto de vista de la ingeniería como del puramente colonial: nos referimos á la inauguración del inmenso puente metálico que ha de dar paso á la línea férrea que pone en comunicación Hanoi con la frontera china y con las primeras ciudades de la provincia Konang-Si. Esta inauguración es tanto más interesante cuanto que dentro de un plazo breve se pondrá en explotación la línea á que dicho puente da paso.

Las vías de comunicación son todavía muy escasas en el Tonkín, y á pesar de la proximidad de esta colonia á la frontera china, apenas se han desarrollado las relaciones entre la misma y las ricas provincias del Celeste Imperio. El río Rojo ofrece una vía de penetración relativamente fácil, pero su curso está sembrado de dificultades, y por otra parte los ingleses conocen tan bien las riquezas del Yunan,

del Kuang-Si y del Kuang-Tung, que no sólo quieren establecer servicios de navegación en el río Si-Kiang, sino que además no reparan en realizar esfuerzos extraordinarios para ampliar su red de ferrocarriles de la Birmania superior, habiéndola ya extendido hasta Myit-Kina y Thibau. Debemos añadir

el gobierno imperial firmó en 1896 un convenio para la construcción y explotación de un ferrocarril para la construcción y explotación de un ferrocarril de Dong-Dang á Lang-Tcheu (ciudad del Kuang-Si), y posteriormente firmóse un convenio análogo para una línea de Laokay á Yunnan-Sen, decidiéndose al mismo tiempo la construcción en el Tonkín de diversas líneas que debían enlazar las fronteras y las secciones del territorio chino con la capital y los puertos de la posesión francesa indo-china: tales son las líneas de Hanoi á Lang-Sou y Lang-Tcheu, Hanoi á Laokay, Hanoi á Haiphong y Hanoi á Vinh.

El gran puente que el adjunto grabado reproduce, da paso sobre el río Rojo á la primera de las citadas líneas férreas, la que penetra en China por Lang-Sou. La longitud del mismo es de 1.683 metros



El nuevo puente monstruo del ferrocarril de Hanoi

que sus progresos han de ser forzosamente lentos á consecuencia de las mismas dificultades del terreno.

Desde 1895 los franceses se han preocupado seriamente de la cuestión de las líneas férreas en el Tonkín, y al tratar con China han determinado: «que las vías férreas existentes ó proyectadas en Annam podrían, previa inteligencia, ser prolongadas en territorio chino.» Como consecuencia de este tratado,

y está construído según el sistema de «cantilever.» Los tramos, que son en número de 19, tienen alternativamente 76 y 106'20 metros de largo, aparte de los tramos extremos que son de 78'80. Las pilas han tenido que ser introducidas por medio del aire comprimido á una profundidad de 36 metros.

La construcción de este puente ha costado 6.200.000 francos. - B.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Frasco: 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co
St-Denis, 18

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Venta anual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.
Harina Lacteada
NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO
para Niños y Viejos.
Contiene la Leche pura de Suiza.
Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenterías*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.



En tiempo de veda, dibujo de H. Torau

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

VINO NOURRY
 ANEMIA
 DEBILIDAD
 LINFATISMO y
 ENFERMEDADES
 del PECHO
 Por su sabor
 agradable y
 su eficacia en
 los casos
 de
 Sustituye con ventaja
 a las Emulsiones y
 al Aceite de Hígado de Bacalao.
 CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA
 es la única que se digiere por si sola
 Recomendada para los
NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE,
 durante la dentición y el crecimiento,
 como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también a los estómagos delicados y a todas las personas que digieren difícilmente.
 PARIS, 8, Rue Vivienne.
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑE Y SIMÓN